



Manuel Curros Enriquez

El maestro de Santiago
Leyenda

Al señor D. Felipe Picatoste.
Testimonio de veneración y cariño de
EL AUTOR

Prólogo

I

La publicación de un libro de Curros Enríquez es acontecimiento que Galicia anuncia y espera con el regocijo precursor de las grandes solemnidades. A tanto honor tiene derecho quien la enalteció, cantando con vigoroso aliento las estrofas más audaces del himno de su rehabilitación. A la voz del poeta, hasta los indiferentes sacudieron su perezosa apatía, y el estruendo de los aplausos, ahogando las acriminaciones del fanatismo intolerante, resonó más allá de las fronteras regionales, difundiendo con

la fama del genial o inspirado cantor los preciosos elementos artísticos latentes en el espíritu de su pueblo. El paladín generoso o infatigable de cuantos padecen rigores del destino, al exclamar en un arranque de indignación:

Que eu pra querer nacin todo
caído,
pra dar á mau á todo disgraciado,

robustecía la palabra con el ejemplo, entregando sin reservas los tesoros de su fantasía y la incorruptible firmeza de su carácter al propósito andantesco de reivindicar la personalidad social de Galicia, libertándola, por la propaganda, del menosprecio de los extraños, y por la despiadada flagelación, de la ruindad de sus propios hijos.

Servicios de tan alta estima, ¿qué menor premio podían alcanzar que un perenne entusiasmo? Éste no se extingue, ni siquiera se aminora en los conterráneos del poeta gallego, porque el instinto de conservación, infalible en las colectividades, les advierte que no podrían incurrir en tal descuido sin mutilar su espíritu, sin despreciar la voz de sus más íntimos sentimientos, y sin exponerse a que abandonen sus banderas quienes más valerosamente las tremolaron, que la constante indiferencia entibia la abnegación aun en los corazones menos mundanos.

Impulsado por estos afectos, en que se mezclan la conciencia del propio valer y la gratitud a quien sabe revelarlo, el pueblo que antes lloró sus tristezas con la musa de Rosalía, hoy anhela acentos de combate del numen de Curros, para mostrar su vitalidad al arrojarse a la pelea, y, movido por este afán interior, se regocija al solo anuncio de que su actual poeta hace sonar de nuevo aquella cuerda de su

...lira iorca
com'on coitelo fera,
com'on tronido rouca.

Quien por el solo prestigio del nombre tiene asegurada la notoriedad de sus publicaciones, no debe agradecer éste ni cuantos prólogos le dediquen sus más fervorosos apasionados; el prologuista es quien recibe la honrosa distinción de tener la palabra anticipadamente, sabiendo que ha de dirigirla desde la tribuna que rodea numeroso auditorio; y en este caso, a la inversa de lo que se acostumbra, el prologado resulta heraldo del prologuista, confesión que, aun mortificando mi amor propio, debo consignar, por ser el hecho indiscutible.

Dispuesta así la escena, y presentado yo en ella, ¿qué debo decir para no rebajar la grandeza de la situación? ¿Exponer un juicio crítico de la personalidad poética de Curros? No me siento capaz de tal empresa, y hasta recelo de cuantos la intenten, a modo de agrimensores literarios, aplicando las reglas de los preceptistas a una figura que estimo en la categoría de autoridad.

Las obras que se imponen por su valor son señoras y no siervas de la crítica.

¿Discurrir acerca de la poesía gallega? ¿Cómo predecir su cielo de evolución, cuando está aún en los comienzos el renacimiento de un pueblo que alcanzó en la lírica puesto de preeminencia en siglos anteriores! No será calculista, sino vidente iluminado por revelación sobrenatural, quien se atreva a trazar toda la curva conociendo tan sólo un pequeño fragmento de la línea. Además, sería inoportuna esta tesis en el momento actual, porque si es cierto que EL MAESTRE DE SANTIAGO está inspirado en la historia de Galicia y vestido con la pompa que la Naturaleza despliega en los frondosos paisajes de la región que le sirve de escenario, no vibran en él los acentos melódicos que fueron

Fecundo nume d'o úneco Rey sabio
que no solio d'España tivo asento,
arpa inmortal d'a doce Rosalía,
d'o infortunado Añón himno postreiro.

¿Remover, en último término, el litigio de las condiciones de existencia de la forma poética? Respetuoso con todo aquello que es obra de los siglos, cuidada y ensalzada por la Humanidad al través de las edades, considero tan absurdo y presuntuoso creer en la desaparición de las combinaciones métricas del lenguaje, como el intento del revolucionario exaltado de arrancar bruscamente las raíces históricas de las sociedades. Resistan los espíritus de alto vuelo, sin renegar de las llamaradas de su estro, a los desfallecimientos de las momentáneas crisis, y contemplando el cuadro de la civilización trazado por el decurso de los tiempos, no duden de la persistencia de la forma poética ni del poder fascinador de la fábula interesante, aunque generaciones literarias de inventiva pobre la desdeñen, llamándola engendro artificioso de un casuismo escolástico.

Las multiformes apariencias de las obras poéticas [9] se reducen en último análisis a corto número de factores estéticos, tan persistentes o inmutables como las emociones que, sin diferencias de lugar ni de tiempo, agitan los espíritus, determinando el rítmico oleaje que los lleva y los trae del frenesí entusiasta al más inexorable pesimismo.

II

Desechando uno tras otro los asuntos enumerados, ¿cuál es la intención de este prólogo? Si al frente de un poema no se habla de su autor o no se dilucidan cuestiones literarias, ¿qué podrá decirse a los lectores que no les sea importuno y fastidioso? ¿Por qué incurrir en la villanía de gozar las ventajas de la reputación ajena para no honrar después a quien las concede?

Si Curros viviese poseído del afán de notoriedad, las observaciones anteriores podrían cizañar nuestro cariñoso afecto; pero su historia consecuente en el vivir modesto y apartado del mundanal ruido, desdeñando porfiadamente los halagos de la fama en cuantas ocasiones le solicita para propagar su nombre, me garantiza que no ha de molestarle que no consagre

estas páginas a exhibir su personalidad; antes al contrario, lo serio de su carácter y lo alto de sus sentimientos me compelen a suponer que me verá gozoso utilizar este momento en pro de una causa, en [10] sostener una idea de mayor alcance que su panegírico individual. Pero, aun colocado en este punto de vista, reconociendo al fin que las ideas abstractas tienen su fundamento en los hechos concretos, ¿por qué otra causa he de abogar aquí que no sea la representada por nuestro poeta, por la cual luchó y sigue luchando su espíritu?

En una de sus semblanzas mejor escritas, el panegirista, que le llama «caudillo de nuestros jóvenes poetas» y le confirma «la jefatura de la juventud de Galicia, que se ve subyugada por quien también es joven y tiene todos los sublimes anhelos y los bríos de los que serán dueños del mañana», dice: «Él no está en Galicia, pero Galicia está en él. Su amor late vivísimo y ardiente en lo más hondo de su corazón, y para ella son los más secretos afanes de su alma, siempre soñadora, de sus desfallecimientos, de sus horas negras».

En esta pintura moral de Curros, en que se presenta el dualismo constituido por la inexorable realidad en lucha con el ideal constantemente anhelado, se retratan con bastante exactitud las funestas consecuencias de la vida mezquina en que por obra de corruptores influjos se revuelven las regiones españolas, y muy principalmente Galicia.

A un pueblo que desea reconstituirse, apercibiéndose para la lucha en el terreno del derecho, es menester hablarle con ruda franqueza, para que vaya entendiendo cuál es su verdadera alma [11] y cuál debe ser el objeto preeminente de sus afectuosas atenciones.

Hora es ya de que la reja del arado arranque de raíz la maleza sembrada por el caciquismo político y abra el surco en que sólo germine la semilla productora del sano alimento que vigoriza los músculos y el cerebro de quienes la cultivan. Mucho se habló y se habla de democracia; pero juzgando por los resultados, pudiera creerse que su predicación sólo tiene el aleve propósito de que se la escarnezca al contemplar los corrompidos productos de su mixtificación. ¿A qué conduce repetir en las ocasiones provechosas que la soberanía es inmanente en el pueblo, si en vez de ponerlo en condiciones de ciencia y conciencia para influir en el rumbo de la vida pública, se le emplea en labrar ídolos, que sólo valen por la representación que se les otorga? ¿Qué enseñanza edificante recibe quien se ve obligado a reverenciar como seres de naturaleza superior personas cuya audacia, perfidia, o ambas cosas a la vez, son las únicas cualidades que las distinguen del común de las gentes, brillando por el puesto que les cupo en suerte, pero no por su propio mérito? La piedra soterrada en los cimientos sólo se diferencia de la que ostenta primores del cincel por la selección del artífice, y olvidando este accidente de la casualidad, ¡cuántos trozos de piedra berroqueña adoran los pueblos, sin fijarse en que sólo tienen personalidad por la hechura que los dieron! Espíritus pudorosos [12] que os escandalizáis del positivismo filosófico, ¡cómo no os sonroja el vuestro, sensual y grosero, que se prosterna ante el vellocino de oro esperando poseer todas las cosas de la tierra para amar a Dios sobre ellas! Galicia, levántate de la abyección idolátrica en que te ha sumido el engañoso artificio que suplanta con el símbolo el objeto simbolizado, y apercíbete a honrar lo que vale por su mérito

intrínseco, sin subordinarlo a lo que realzan hábiles oportunismos o sórdidas aspiraciones.

Ante todo, y sobreponiéndose al medio geográfico, constituyen, y principalmente consolidan el sentimiento patrio, las manifestaciones más espléndidas de la vida intelectual y moral.

Inglaterra se enorgullece llamándose la patria de Shakespeare y Newton, como Italia la de Dante y Galileo; Alemania busca los gérmenes de su nacionalidad en el poema de los Niebelungen; España en el Romancero, y hasta Portugal sostiene sus derechos a la independencia, a pesar de lo indefinido de su frontera, por las empresas marítimas de los siglos XV y XVI, y más principalmente por haber producido a Camoens. Aprended en estos hechos de somera observación a respetar en su valor sustantivo los elementos perdurables de todo organismo social. Galicia podrá hacer los diputados que le plazca, y éstos llegar a ministros, o a otro cualquier puesto, casualmente, o peor que casualmente, por degradación; pero nunca el voto unánime de sus cuatro provincias [13] formará un poeta ni un sabio. Nombrando sólo a los muertos para evitar suspicacias de los vivos, ¿qué caciques son los capaces de producir a Pastor Díaz y a Rosalía Castro, a Cornide, a Rodríguez y González y a Casiano de Prado?

Esta hegemonía de las gentes llamadas políticas por la opinión pública, representa algo parecido al triunfo del periódico sobre el libro; y en efecto, nada más interesante que aquél en el momento en que aún húmedo de la prensa, lo recoge el lector. El capítulo más ameno del Quijote resulta soso ante el último número de La Correspondencia; pero éste cae en absoluto olvido a las pocas horas de su publicidad, y las aventuras del Ingenioso Hidalgo deleitan a todas las generaciones, sin atenuar su encanto el transcurso de los siglos. Pero este símil también nos revela que, anteponer el histrionismo político de quien halaga momentáneas pasiones a los merecimientos del artista o del sabio, equivale a desdeñar a Cervantes para oír exclusivamente los relatos de los noticieros.

Y a pesar de esta enorme diferencia, ¡las pasiones cómo ciegan los espíritus y empequeñecen el criterio! El austero Pastor Díaz, exceptuando un momento de su vida, sólo se sentó en el Congreso representando la provincia de Cáceres o la de Córdoba. Ahora, después de muerto, su país natal le erige estatua; pero en vida no le diputó para que le representara en Cortes. Parece que un instinto suicida mueve a Galicia, [14] porque aquellos de sus hijos que por la solidez de sus méritos pasan a la Historia, personalmente sólo los honra cuando transponen los umbrales de la eternidad, y entonces su patria, acusándose de ingratitud, llora amargamente la pérdida que padece, y una y otra vez reproduce la escena, perseverando en la impenitencia. ¡Cuántas veces Rosalía, por los alrededores de Santiago, hoy embellecidos por la magia de su arte, sólo cruzó su mirada con la de las gentes sesudas y correctas que la tachaban de estrafalaria! ¡Cuántas los cohetes y el murmullo popular atronaron los aires saludando a uno de esos personajes políticos, menesterosos de ideas y de vergüenza, y recibieron en silencio a la inmortal poetisa! ¡Cómo acibaró su larga agonía el contemplar que sólo para otros sonaba la música de sus canciones! ¡Cuán dolorosamente cierta resulta la queja de Curros, exhalada en la traslación solemne del cadáver de la autora de Follas

novas:

¡Ay d'o que leva na frente unha estrela!
¡Ay d'o que lera no bico un cantar!

Sí, desdichado, porque sólo después de satisfecha la voracidad de las ruines pasiones, recibirán sus huesos descarnados el homenaje debido a la excelsitud de sus méritos.

Despierta, Galicia, y fija la atención en tus intereses permanentes; piensa en aquellos que por el arte, por la investigación de tu pasado o por el poder de la ciencia te han de rehabilitar ante los [15] que te denigran. Juventud que vienes a la vida rebosando entusiasmo por la santa causa de la pequeña patria, lee en Aires d'a miña terra aquella poesía que la indomable entereza de Curros te dedicó, titulada Tangaraños, y despreciando mezquinos y transitorios intereses, no te arrastres ante el mérito dudoso o negativo, por grande que sea su poder, para que a nadie haya que pedir que trueque

N'unha gran xuventude d'estrelas
esta gran xuventude de sapos.

Si en tu alma no se entibia el calor de los sentimientos regionales, visita las tumbas de nuestros muertos ilustres y edifícate en el ejemplo de su vida; pero no desatiendas por ellos a los que aún nos guían en la jornada, para que nadie pueda lamentar la indiferencia que con presentimientos de mártir arrastra a nuestro poeta a decir en su Encomenda:

Si cand'a loita vaya
tropezo n'unha foxa,
os que, cal eu, subides
a traballosa costa,
cuando chegués a cima
sagrada e vitoriosa,
¡arpas que saudedes
d'a nosa patria a aurora,
d'a y'arpa acordaivos que fúnebre queda
n'a noite d'olvido xemindo sin gloria!

Hoy, Curros, autorizado por su reputación, saca d'a noite d'olvido una leyenda romántica, [16] forjada en los arrebatos de su adolescencia poética; pero en ésta, como en las poesías gallegas, late vivísimo el amor a su país y en nada contradice sus obras posteriores, sin tener de qué avergonzarse al reimprimirla, sean cualesquiera las inexperiencias de su

primer ensayo. Galicia debe honrar igualmente todas las producciones literarias de su poeta; podrán diferir por los caracteres peculiares del tiempo de su génesis; pero el sentimiento que las inspira es idéntico. Que éste sea tan correspondido como merece, es cuanto deseo al amigo que me ha honrado dejándome estas páginas.

JOSÉ R. CARRACIDO.

Madrid, 7 de Julio de 1892.

Libro primero

Crimen y expiación

I

En medio de un abrupto promontorio
de acantiladas, vacilantes rocas,
monstruos que arrancan de sus pardas bocas
alaridos de rabia al huracán,
levantábase en tiempos ya lejanos,⁵
cual implacable símbolo de muerte,
la rica y opulenta casa fuerte
del señor de Milmanda y Sanchidrián.

Morada de dolor, sobre sus torres
el murciélago vil revolotea,¹⁰
mientras el dulce jugo saborea
que a la sagrada lámpara robó;
y el bulto malhadado, pesaroso,
deja escuchar allí su voz sombría,
cuando a la luz espléndida del día¹⁵
la fatídica noche sucedió.

Dueño de inmensos pueblos y vasallos,
por pecheros y próceres temido,
es en todo Galicia conocido
don Ramiro de Acosta y Santarén; [20]²⁰
conocido por cruel y sanguinario,
temido por sagaz y traicionero,
que su fama de innoble caballero
cunde por pueblos y abadías cien.

De espíritu mezquino y rencoroso,²⁵
de corazón henchido de veneno,
su palabra de déspota es un trueno
que amaga pavorosa tempestad.
Esposo infiel sacrificó a su esposa
y en dura cárcel atormenta a su hija;³⁰

que su pecho de tigre no cobija
sentimientos de amor ni caridad.

Temerario y sacrílego escarnece
los fallos del Señor con insolencia,
y creyendo extinguir en su conciencia³⁵
los gritos de sus víctimas de ayer:
-¡sangre!- murmuran sus febriles labios,
y sangre entonces el tirano vierte,
y el pueblo de Milmanda se divierte
en contemplar cadáveres doquier.⁴⁰

Recluso en lo interior de su castillo,
el alma por recuerdos torturada,
se alza de don Ramiro a la mirada
el libro de su vida criminal,
y al fijarse en su página postrera⁴⁵
sus ojos hiere este recuerdo triste:
«¡traidor, traidor!... ¿Por qué a tu rey vendiste,
»tú, el privado del rey de Portugal?...

»Don Alfonso te amaba como a un hijo,
»te colmaba de dichas y favores:⁵⁰
»los más altos magnates y señores
»de su corte, nada eran ante ti;
»te ha señalado cámara en su alcázar,
»diote pajes y gentes de servicio, [21]
»y al fin tanta merced y beneficio,⁵⁵
»¿de qué manera los pagaste? ¡Di!

»¡Ah! Mientras don Alfonso se lanzaba
»al frente de sus tropas valerosas
»a combatir las huestes numerosas
»del leonés intrépido y feroz;⁶⁰
»y mientras a su empuje se rendía
»el pendón castellano hecho jirones,
»trepando sus guerreros escuadrones
»los muros de la invicta Badajoz,

»cobarde, ¿tú qué hacías? Concertabas⁶⁵
»la muerte de tu rey y tus hermanos;
»de una mujer por los hechizos vanos,
»¡miserable!, vendías tu nación...
»¡Y la vendiste al cabo! ¿No te acuerdas?...
»don Fernando el Segundo diote esposa,⁷⁰
»y, precio infame a una traición odiosa,
»regalaste un vencido al de León.

»¡Un vencido! Encontraste un ruin arquero
»que hiriese a tu señor; mas no has logrado

»dar término a tu plan, ni el dedo airado⁷⁵
»esquivaste de Dios, en justa ley.
»La flecha pudo atravesar su muslo...
»Huyó el villano; pero, en duro grito,
»entre estas rocas te mandó proscrito
»la voz severa de uno y otro rey.⁸⁰

»Duerme, si puedes, Santarén malvado,
»duerme, si logras conciliar el sueño...
»¡Mas ah! que inútil ha de ser tu empeño,
»vano tu esfuerzo, sí, vano tu afán.
»¡Mañana acaso a tu castillo acuda⁸⁵
»estrechas cuentas a zanjar contigo
»el bandolero a quien llamaste amigo
»cuando trazaste tan inicuo plan!...» [22]

.....
Al cruzar esta idea por su mente,
doloroso recuerdo de otros días,⁹⁰
recorre Santarén las galerías
de su rico palacio señorial
y da aviso a sus gentes que en la almena
se cuelgue a todo aquel que, del rastrillo,
pregunte si el que habita su castillo⁹⁵
fue privado del rey de Portugal.

Y siempre, ora de día, ora de noche,
ya al resplandor del sol, ya al de la luna,
en cada torre hay por lo menos una
víctima de aquel ser sin corazón.¹⁰⁰
Pobres mendigos que buscando vienen
calor para sus miembros ateridos,
por espías juzgados y tenidos
en horca morirán, sin compasión...

E impaciente, intranquilo, receloso,¹⁰⁵
al cuarto corre Santarén de su hija
y en ella clava la mirada, fija,
cuando en sus rezos la sorprende allí:
ávido la contempla... y más tranquilo
tórname de matanza a su faena,¹¹⁰
en tanto doña Dulce, el alma llena
de pesadumbre y duelo, oraba así:

-Virgen mía, mi Virgen adorada,
esperanza feliz para el que llora;
¡estoy triste, consuélame, Señora,¹¹⁵
consuela a la que siempre te adoró!
¡Da a mi padre un momento de reposo,
un momento de paz, en su tortura,
o llévame a tu reino, Virgen pura,

que entre sangre no puedo vivir yo! [23]120

II

Así la pobre niña
de hinojos prosternada,
el alma lacerada
por bárbaro puñal,
oraba ante una gótica¹²⁵
imagen de María,
en tanto que vertía
de perlas un raudal.

¡Lloraba! ¿Y quién no llora
si vive entre cadenas,¹³⁰
sufriendo los tormentos
de dura esclavitud?
¿Quién puede ver, sin lágrimas,
que corran entre penas
los plácidos momentos¹³⁵
de nuestra juventud?

¿Quién vio desde su cárcel
cruzar la golondrina
y rápida hasta el cielo
su vuelo remontar,¹⁴⁰
que no envidió esas alas
al ave peregrina,
para, en igual anhelo,
tan rápido volar?

Indócil es y triste¹⁴⁵
de doña Dulce el llanto,
tan triste y dolorido
que mueve a compasión.
su hogar trocado en cárcel,
aumenta su quebranto [24]¹⁵⁰
su padre, que ha perdido
la paz del corazón.

¡Sí, que sin ella vive
el pobre don Ramiro,
y vive condenado¹⁵⁵
a guerra tan cruel,
que sólo cuando exhale
el último suspiro,
si muere en buen estado
la paz irá con él!¹⁶⁰

En tanto, será inútil

que al cielo mire ansioso,
en busca de esa estrella
que le alumbró fugaz:
en vano paz demanda¹⁶⁵
con grito doloroso,
por ver si encuentra en ella
su espíritu solaz.

Que cuando sus pupilas
tendió sobre la tierra¹⁷⁰
y cuando allá hasta el cielo
sus ojos levantó,
tan sólo en torno suyo
se alzó un clamor de guerra,
y guerra siempre y duelo¹⁷⁵
doquiera columbró.

Si en noche silenciosa
cerró sus tristes párpados
y quiso en su despecho
hallar la paz así,¹⁸⁰
luego sintió su alma
roída por cien víboras,
y salta de su lecho
con rabia y frenesí. [25]

Si aún no desengañado,¹⁸⁵
con báquica porfía
en néctar y licores
sosiego a buscar fue,
en medio a las imágenes
de amor, que halló en la orgía,¹⁹⁰
espectros vengadores
que le amenazan ve.

Y en vano, ya el instinto
perdiendo de la vida,
lanzarse va a la muerte¹⁹⁵
de eterna calma en pos;
que cuando al pecho lleva
el arma del suicida,
se aterra, porque advierte
la maldición de Dios...²⁰⁰

¡Ay! Triste del que piensa
con infecundo empeño
que el crimen ya pasado
ni rastro dejará...
En vano paz demanda:²⁰⁵
¡la paz sólo es un sueño

de espantos mil poblado,
sin término quizá!

III

De sus valles cinturón,
de su riqueza blasón,²¹⁰
espejos de su atavío,
fertilizan a León
el Bernesga y el Torío. [26]

Ambos sus anchos raudales
llevan hasta las entrañas²¹⁵
de bosques y matorrales
y hasta poblados charcales
de juncos y de espadañas.

Ambos marchan, corredores,
en esguinces invasores²²⁰
por el bosque y la pradera,
arrastrando en su carrera
espinos, plantas y flores.

Por su curso lento e igual
cierto instinto fraternal²²⁵
debe haber entre los dos,
y algún misterio fatal
en ellos esconde Dios.

Que a no haber algún misterio
velado a humano criterio²³⁰
y a deleznable razón,
encontrara explicación
un caso que dan por serio.

Diz que es cosa de admirar
en toda villa y lugar²³⁵
de estos ríos alrededor
el rojo vivo color
que suele el agua llevar.

Y ello podrán ser consejas,
pero, al decir de las viejas²⁴⁰
que lo han llegado a saber,
allí no quieren beber
asnos, ni vacas, ni ovejas.

Nadie en aguas tan impuras
se atreve un paño a lavar; [27]²⁴⁵
y no hay mozo aventurar

que eternice sus bravuras
tirándose allí a nadar.

Que hay quien dice, preocupado,
que el color ensangrentado²⁵⁰
de las aguas de estos ríos,
es señal de que está airado
el Señor con los impíos.

Y hay quien se arriesga a jurar
que una noche -y nada arriesga-²⁵⁵
vio sobre el Torío flotar
dos cadáveres al par,
y otros dos sobre el Bernesga.

Tal la gente lo pregona
que de sus verdes riberas²⁶⁰
habita en toda la zona;
y cuando el pueblo lo abona,
el asunto va de veras.

Mas el pueblo no logró
sujetar a su criterio²⁶⁵
las causas de lo que vio,
y el misterio que encontró
se ha quedado en el misterio.

Y ambos ríos continuaban
en su marcha natural,²⁷⁰
y las gentes murmuraban
siempre que turbio miraban
su puro y limpio cristal.

Y era porque no sabían
que sobre un monte escarpado²⁷⁵
en cuya falda vivían
y al que estos ríos tenían
en sus giros rodeado, [28]

una legión de bandidos,
todos hombres mal nacidos,²⁸⁰
tenían su centro allí,
a un capitán sometidos
que eligieron para sí.

Es una noche invernal,
noche tormentosa y negra;²⁸⁵
no hay una estrella en el cielo
ni hay una luz en la tierra.

Braman los vientos con furia,
gimen los robles con pena,
cual si una planta satánica,290
sobre sus copas sintieran.
Diríase que irritados
los elementos que pueblan
el espacio, sostenían
lid pavorosa y sangrienta,295
tomando nuestro horizonte
por campo de la pelea.

Mas, para no entretenernos,
dígase lo que se quiera,
el caso es que roncós gritos300
de amenazas y blasfemias,
súplicas y carcajadas,
voces de mando y protestas,
todo en medio de la noche
distintamente resuena305
desde la cumbre del monte
que entre sus giros rodean
por una parte el Torío,
por otra parte el Bernesga. [29]

Amarrados fuertemente310
por las bridas y las riendas,
al abrigo de un pinar
varios trotones jadean.
En sus arrogantes crines,
que casi la tierra besan,315
y en la noble gallardía
con que se alzan sus cabezas,
bien claramente pregonan,
si en su andar no lo dijeran,
que no hay una raza en potros320
cual la raza cordobesa.
Por debajo de los flecos
de un caparazón que llevan,
sin duda con miramiento
de que el agua no les hiera,325
lujoso jaez de brocado,
ricas monturas ostentan,
y cinchas de cuero fino
bordadas de lentejuelas.

A juzgar por sus relinchos330
y por los surcos que dejan
señalados al herir
con sus cascos en la arena,
grandes deben ser sus bríos

y más grande la impaciencia³³⁵
de ver llegar a sus dueños
y lanzarse a la carrera.
Mas en estas soledades
y a tal hora, ¿a quién esperan
los ricos potros oriundos³⁴⁰
de las andaluzas vegas?
¿Por qué miran anhelantes
hacia el lugar donde suenan
súplicas y maldiciones,
carcajadas y anatemas?³⁴⁵
¿Qué jornada les aguarda, [30]
que ya sus crines se encrespan
al escuchar, de los ríos
que bajo sus plantas ruedan,
el estruendo pavoroso³⁵⁰
en medio de la tormenta?

No es un misterio. -Al confín
del pinar y en la ladera
del monte, se alza una roca
cuya ennegrecida cresta³⁵⁵
solamente es visitada
por el buitre y la cigüeña,
que en ella eternos habitan
colgando su nido en ella.
Al pie de esta roca, se abre³⁶⁰
mal oculto entre malezas
Un abismo; de él pendiente
cuelga siempre una escalera,
y en su fondo, donde nunca
los rayos del sol penetran,³⁶⁵
se divisa el arco rudo
de una gruta obscura y negra,
cuya boca está cegada
por una puerta de piedra
que gira a merced del brazo³⁷⁰
del que por dentro la mueva.

Formidable es el terror
que inspira la mansión ésta:
la obscuridad, el silencio,
la fría humedad que hiela,³⁷⁵
la estalactita que luce
en medio de las tinieblas
con la fosfórica ráfaga
del ambulón, amedrentan
el ánimo más valiente,³⁸⁰
el corazón de más fuerza,
el valor más temerario. [31]

Al umbral de esta caverna
destaca una galería
cóncava, oprimida, estrecha385
y torcida, como el rastro
que deja en pos la culebra.
Un paso más, y el pavor
súbitamente se amengua,
muda el alma cautivada390
por agradable sorpresa.

Es una estancia espaciosa;
de sus bóvedas de piedra
penden por rojos cordeles
tejidos de fuerte seda395
cuatro lámparas, labradas
de figuras arabescas.
A su luz triste y opaca
y en derredor de una mesa,
donde de espléndida orgía400
los pobres restos campean,
don Pedro Fuentecalada
sostiene viva polémica
con once sicarios suyos
de faz innoble y aviesa.405
Todos visten buenas ropas
de las más vistosas telas
de Oriente, blancos tabardos
de lana fina, monteras
con airón de blanca pluma410
y borceguí con espuela.
Todos, pendientes del cinto,
buídos puñales ostentan,
de plata los gavilanes;
que sólo don Pedro lleva,415
como el de más jerarquía,
cumplido puñal de a tercia
con cruz de macizo oro
hecha de mano maestra, [32]
y caja de piel de zorra420
llena de rubíes y perlas.

Sentada junto a don Pedro
en un sitial de madera,
fijos los rasgados ojos
en el suelo, Magdalena425
hace ademán para hablar;
mas no lo consigue apenas,
cuando surca sus mejillas
llanto que ocultar intenta
en vano, con una risa430

terriblemente siniestra.
Cesa un momento; dirige
una mirada sedienta
a la metálica luna
en cuyo fondo contempla⁴³⁵
su rostro del sol tostado
y exclama la triste:

-¡Vieja!

¡Don Pedro!... ¡Tenéis razón!
Vieja os parezco y debiera
creeros, porque mis lágrimas,⁴⁴⁰
doquier que voy, no me dejan,
y las lágrimas marchitan
la juventud y la afean.
Mas... ¿por qué no me afrentasteis,
don Pedro, de esta manera,⁴⁴⁵
cuando, perseguido, errante
os recogió en su vivienda,
partiendo con vos su pan
y los leños de su hoguera,
aquella pobre gitana⁴⁵⁰
para vos entonces bella?
Sí; ¿por qué no me ultrajasteis
antes de que os conociera,
antes de que en vos fiara,
creyendo vuestras promesas?... [33]⁴⁵⁵
¡Ay de mí!, que si yo entonces
desdeñase vuestras tiernas
caricias, vuestros halagos,
vuestras frases lisonjeras;
sí, cuando vos me decíais:⁴⁶⁰
«Yo te amo, gitana pérfida,
ámame tú y a mi lado
serás feliz», yo os dijera:
«Id en mal hora, don Pedro,
que soy libre en mi pobreza⁴⁶⁵
y no quiero vuestro amor,
porque el amor me encadena.
Si, en fin, asiéndoos de un brazo,
de este brazo, en cuya arteria
hay sólo sangre cobarde,⁴⁷⁰
porque hace un instante apenas
se alzó, amenazando osado
con un puñal mi existencia,
os arrojase a los pies
de las huestes portuguesas⁴⁷⁵
que iban a voz de pregón
pidiendo vuestra cabeza,
y les gritare: -¡Ahí tenéis
lo que buscáis; la doncella

que tiembla, que palidece,480
que llora en vuestra presencia,
es don Pedro, el arrogante
don Pedro, aquel cuya diestra
mandó con poca fortuna,
mas con intención certera,485
al pecho de don Alfonso
de Portugal una flecha!...»
«¡Oh! ¡Entonces no me afrentarais
como hoy lo hacéis: en mi senda
de espinas, abandonada,490
pero llevando doquiera!
Por compañía mi llanto
y el rigor de mi anatema, [34]
fuera feliz sin amaros,
sin gozar de estas riquezas,495
sin vuestros besos perjuros,
sin vuestras caricias pérfidas!»

Y esto diciendo, fijaba
su mirada Magdalena
en don Pedro, cuya faz,500
roja por la ira colérica
que la indignación le imprime,
su alza imponente y severa.

Breve instante de silencio
sucedió, calma siniestra,505
cual la que anuncia en el mar
el equinoccio que llega.

Luego, tendiendo don Pedro
su mano, ruda y enérgica,
dijo con la voz del trueno510
cuando inflamado revienta:
-Maniatad a esta mujer
y una mordaza ponedla,
mis lebreles: ¡yo lo mando!;
sed prestos a la obediencia.-515
Y como si estas palabras
anuncio de muerte fueran,
todos bajan al oírlas
abrumada la cabeza,
cual si el temor y el espanto520
ocultar así quisieran
a los ojos de aquel monstruo
cuyos mandatos respetan.
-Obedeced prestamente,
o ¡vive Dios! que con vuestras525
cabezas haga escarmiento

de gente traidora y perra.-
Y al reflejo mortecino [35]
de las lámparas que cuelgan,
todos los rostros se cubren⁵³⁰
de palidez cadavérica
y sólo el sollozo se oye
de la pobre Magdalena
que de rodillas demanda
a su tirano indulgencia.⁵³⁵
-¡Don Pedro, don Pedro mío!
¿Tanto os afrentó mi lengua
que así mandáis que me traten
los que homenaje me prestan?
¡Amordazarme! ¿Y por qué?⁵⁴⁰
¿Por qué, cuando a mi querella
dio margen vuestro desdén
y el rumor de vuestra ausencia?
¡Ved, don Pedro, lo que hacéis!
¡Ved que ya viva, ya muerta,⁵⁴⁵
mi sombra con vos irá
por donde vaya la vuestra!
¡Ved que os adoro, don Pedro;
ved que mi fe no se quiebra
con befos ni con mordazas,⁵⁵⁰
con aceros ni con flechas!
¡Ved que tengo de seguiros
hasta que me falte tierra
en que pisar, y es en vano
que os afanéis porque muera!...⁵⁵⁵
Yo no he de morir, don Pedro;
no he de morir, porque vela
en mis entrañas el hijo
de vuestro amor y mi afrenta,
por el nombre de su padre⁵⁶⁰
y por mi pobre existencia.-

Mas estas tristes palabras
en don Pedro no hacen mella
y sólo consiguen dar
a su coraje más fuerza; [36]⁵⁶⁵
y mientras, montando en cólera,
la mano a su cinto lleva,
muda la turba le mira
y estupefacta contempla
que de aquel drama sombrío⁵⁷⁰
la catástrofe se acerca.

Entre tantos miserables
no se brinda uno siquiera
a ejecutar el mandato

que el capitán los ordena;575
que todos, aunque villanos,
no tienen en su conciencia
remordimiento de ultraje
a una mujer indefensa,
y todos, antes de ser580
cobardes, páranse y tiemblan.
Páranse, pero ¿qué importa?
Nada a don Pedro le arredra,
y siempre su brazo alcanza
donde su anhelo le lleva.585
Don Pedro no se detiene
cuando concibe una idea,
y antes muere en la demanda
que renegar de su empresa.
-¡Cobardes! -dice rabioso590
al ver que por vez primera
todos permanecen mudos
a sus órdenes perversas-.
Si sois tan viles que sólo
matáis al que os da su hacienda,595
dejando desamparados
sus deudos y parentela,
volved el rostro, mezquinos;
¡que vuestros ojos no vean
morir a un ser que ya nada600
puede esperar en la tierra!-
dijo- y alzando el puñal [37]
a lo alto de su cabeza,
dos veces rasgó iracundo
el pecho de Magdalena...605
Tenues gemidos de angustia,
entre gritos de sorpresa
y de terror resonaron
por las bóvedas de piedra,
repitiéndose sus ecos,610
como un lúgubre anatema
por el dédalo que forma
la tortuosa vereda
obscura, cóncava y húmeda,
de la galería extensa,615
hasta perderse en la boca
de aquel abismo, allá fuera.

.....
Y mientras tanto, don Pedro
carga su víctima a cuestras;
atraviesa silencioso620
la distancia que promedia
desde las negras entrañas
hasta el nivel de la tierra,

y apareciendo un instante
después encima la cresta⁶²⁵
de la roca donde anida
la quejumbrosa cigüeña,
dice, mirando con risa
satánica a Magdalena:
-Por Dios que no cumplirás,⁶³⁰
gitanilla, tu promesa;
si viva ha sido tu intento
lanzarte en pos de mi huella,
a fe que hacerlo no puedes
cuando te contemplo muerta.-⁶³⁵

E irguiendo en brazos el cuerpo
de la egipcia, que chorrea [38]
a borbotones la sangre
de las heridas que lleva,
lanzolo en medio al espacio⁶⁴⁰
y rebotando en las breñas
rodó como una avalancha
hasta hundirse en el Bernesga.

-Ya estamos demás aquí-
exclamó Fuentencalada⁶⁴⁵
al penetrar nuevamente
donde sus gentes le aguardan-.
La noche nos favorece
por lo obscura, camaradas;
los caballos nos esperan⁶⁵⁰
y es muy larga la jornada.
En marcha, pues, mis lebreles;
que el plazo cumple mañana
y es fuerza no reposar
hasta llegar a Milmanda.-⁶⁵⁵

Y la legión de bandidos
a quien don Pedro avasalla,
fiel a su voz imperiosa
abandonó aquella estancia.
Oyose a poco un relincho⁶⁶⁰
y el estrépito que causan
doce potros al galope
que por la montaña bajan;
luego el ruido que producen
al atravesar las aguas⁶⁶⁵
del Bernesga; luego un grito
penetrante, y luego nada
más que el son de la tormenta
y el trueno que ronco estalla,
a tiempo que del relámpago [39]⁶⁷⁰

a la luz intensa y cárdena
se mira una sombra que huye
vacilante, incierta y vaga,
por el camino que siguen
don Pedro Fuentencalada⁶⁷⁵
y su gavilla, compuesta
de sus once camaradas.

IV

Silba en tanto en los cristales
del castillo de Milmanda
el viento, que sus almenas⁶⁸⁰
azota con ronco son,
y crece el agua en su foso
hasta lamer la baranda
del puente, cuyas cadenas
penden desde el murallón.⁶⁸⁵

La noche cubre del valle
los horizontes estrechos:
hay en las sombras acechos
felinos, de tigre audaz.
Todo reposa; tan sólo⁶⁹⁰
se escucha cómo desmaya
el clamor del atalaya
que anuncia: ¡Dormid en paz!

¡Dormir! Dichoso el que siente
en lecho de áureo palacio⁶⁹⁵
ese grito en el espacio
lángidamente morir
sin que, desvelado, insomne
por el dolor, el oído
pueda escuchar repetido⁷⁰⁰
ese eco otra vez gemir. [40]

Dichoso el mortal que en sueños,
sana y libre su conciencia,
de ese acento la cadencia
en otro mundo escuchó,⁷⁰⁵
donde el alma dulcemente
reposa alegre y tranquila,
cuando sobre la pupila
el párpado resbaló...

¡Cuán dulces son y encantadas⁷¹⁰
las breves horas de sueño!
¡Qué espacio tan halagüeño
llega el espíritu a ver

cuando, inerte la materia
que le atrofia y esclaviza,715
fugitivo se desliza
lo infinito a recorrer!

Dueño entonces absoluto
de su imperio detentado,
cual sultán que destronado720
regresa al perdido harén,
así feliz el espíritu
hacia su patria se lanza
por regiones de esperanza,
en ansias de amor y bien.725

Y allí admira las florestas,
cuyas plantas olorosas
crecen lozanas y hermosas
en un perenne verdor,
y las bullidoras fuentes730
de aguas puras, cristalinas,
donde saltan las ondinas
de su corriente al rumor;

y los jardines poblados
de dalias y de azucenas, [41]735
de violetas y verbenas,
de fragancia sin igual,
y los nópalos, que crecen
entre los céspedes suaves,
donde preludian las aves740
su cántico matinal;

y los palacios, colgados
de fantásticos doseles,
cuyos altos capiteles
piérdense en un cielo azul,745
y en sus mágicos salones
bajo bóvedas de oro,
vírgenes cantando a coro,
veladas en blanco tul.

Todo cuanto en su delirio750
puede ver la fantasía,
de espléndido en la armonía,
de armonioso en la ilusión,
todo, en su rápido vuelo,
lo mira el alma extasiada,755
mientras duerme fatigada
la materia en su abyección.

¡Sí! Dulces son y encantadas
las breves horas del sueño;
mas ¡ay! de mortal beleño⁷⁶⁰
para el que velando está,
la conciencia torturada
por recuerdos de amargura,
crímenes que en guerra dura
tienen al alma quizá.⁷⁶⁵

Tal don Ramiro que, loco,
sobre su lecho se agita,
lleno de angustia infinita
y de cobarde terror; [42]
tal don Ramiro, que clava⁷⁷⁰
sus turbios ojos con ira
en una sombra que gira
de su lecho en derredor.

Sombra, sí, cuya amarilla
mano, flaca y descarnada,⁷⁷⁵
va extendiéndose crispada
poco a poco hasta su faz,
como si en ella quisiera
descifrar oculto enigma
o imprimir algún estigma⁷⁸⁰
de deshonra pertinaz.

Sombra loca, vengativa,
que cual burbuja aparece
y se hincha de pronto y crece
haciéndolo estremecer,⁷⁸⁵
hasta que revienta en risas
de sonido funerario,
como el que del hondo osario
arranca un cuerpo al caer;

que modula a sus oídos⁷⁹⁰
blasfemias y maldiciones,
y entona impías canciones
con sordo acento infernal,
ya postrándose de hinojos
de don Ramiro en el lecho,⁷⁹⁵
ya atormentándole el pecho
bajo su planta brutal;

que se arrastra por las losas
rabiosa y enfurecida,
o levanta removida⁸⁰⁰
ceniza vana su pie,
y difunde por la estancia

claridad amarillenta, [43]
a cuya luz, macilenta,
su angustiada faz se ve.805

Faz sin formas ni contornos,
carcomida, esqueletada,
lívida, despestañada,
sin expresión ni color,
y a cuyo mondado cráneo,810
como lisa calabaza,
una corona se enlaza
con fatídico primor...

Corona que nada arguye
de su esplendor fenecido,815
hierro viejo, enmohecido,
corona que fue de rey,
cuando, en rubíes engastada
y en piedras de gran valía,
un monarca la ceñía820
cuya voluntad fue ley.

¡Oh! Y esta sombra es su sombra;
la sombra de aquel guerrero
que al dar su aliento postrero
pidió al Señor, al morir,825
la gracia de aparecerse
al que traidor le vendiera,
y hoy viene a su cabecera
la atroz venganza a cumplir.

¡Sí, ésta es la sombra angustiada830
del rey que, ingrato privado
vendió herido y maniatado
al de León, Santarén,
a cambio de las caricias
de una esposa noble y bella,835
tras cuya rápida huella
queda una sombra también! [44]

Y don Ramiro se espanta;
y en su dolor inhumano,
quiere apartar con la mano840
aquel fantasma de sí;
pero, inútil su porfía
y estériles sus antojos,
adonde vuelve los ojos
la sombra se encuentra allí...845

Y ya en su lenta agonía,

rabioso, desesperado,
va a gritar desalentado
en demanda de favor,
cuando siente con fiereza⁸⁵⁰
comprimida su garganta
y un acento que le espanta
y le llena de terror.

Súbito entonces sus ojos
miraron desvanecerse⁸⁵⁵
las visiones y perderse
de su lecho en el dosel,
como fugaz pesadilla
de desolada quimera,
tras de la cual nos espera⁸⁶⁰
una verdad más cruel...

Y es que el plazo ha terminado,
y al terminar su jornada,
don Pedro Fuentencalada
en Milmanda se encontró,⁸⁶⁵
y tras una breve lucha
con las gentes del castillo,
tintó en sangre su cuchillo
por sus puertas penetró.

Dejó en los patios su gente⁸⁷⁰
al amor de grata lumbre, [45]
y mandó a la servidumbre
del castillo aprisionar;
y con grave y firme planta
sin que nada le recele,⁸⁷⁵
llegó al fin adonde suele
el de Acosta reposar.

Rápido bajó el embozo
del bien cumplido tabardo;
se adelantó con pie tardo,⁸⁸⁰
y al noble altivo miró.
Guardó silencio un instante
y con voz enronquecida,
así con el regicida
estas palabras cambió:⁸⁸⁵

DON PEDRO ¿Conocéisme, don Ramiro?

DON RAMIRO ¡No os conozco!

DON PEDRO ¡Cosa rara!

A mí, en cambio, me bastara
oír vuestra voz fatal,
para teneros al punto⁸⁹⁰

por el ingrato valido
del señor rey fenecido
Alfonso de Portugal.
DON RAMIRO ¡Infierno! ¿Quién sois? [46]
DON PEDRO No es hora
de revelároslo, acaso;895
antes, por ser muy del caso,
una historia os narraré,
para que brote el recuerdo
más presto en vuestra memoria;
es una historia esta historia900
que no olvidáis ni olvidé.

Tras cuyas breves palabras
calló don Pedro un momento
y osado tomando asiento,
en un cómodo sitial,905
comenzó de esta manera
la narración que anunciara,
mas no sin que antes cuidara
de requerir su puñal.

V

«Corren de mayo los postreros días910
y es una tarde de serenas auras;
la fresca primavera en su apogeo
de verde mirto y rosa engalanada,
opulenta en sonrisas los vergeles,
los bosques y las selvas visitaba.915

»Iba a cumplir el sol en Occidente
su cotidiano exilio; con él marchan
la luz y la armonía, sobre alfombras
de nubes de carmín y de esmeralda.
Regio proscripto, el paso detenía920
al columbrar las últimas montañas, [47]
suspiró con las auras gemidoras,
tendió al espacio la postrer mirada,
y al ver la luna enseñorearse alegre
sobre el cenit, donde moró su alcázar,925
agitó sus melenas fulgurantes,
mandó un adiós a su perdida patria,
y con rápido paso huyó iracundo
allá en el mar a sumergir sus lágrimas...

»Iluminan tan sólo el firmamento930
tibios rayos de luz amortiguada
entre la débil sombra confundidos
de una noche tranquila que avanzaba,

cuando, por una senda que al viajero
conduce a Badajoz, se destacaban⁹³⁵
negros bultos informes, movedizos,
como de muchas gentes que cabalgan,
ronco son de atambores y clarines
que en ecos penetrantes se dilata,
y el acerado brillo que producen⁹⁴⁰
yelmos, escudos, picas, cotas y hachas.

»Eran gentes de guerra, a crudas lides
y en cien y más combates adiestradas,
gente ruda y salvaje cual las rocas
que el padre Tajo con sus ondas, baña;⁹⁴⁵
eran los dignos hijos de Viriato
que cuentan por victorias sus batallas
y entre los que nacisteis, don Ramiro,
como para negar sus prendas altas.
Ávido de conquistas, don Alfonso,⁹⁵⁰
rey de los portugueses, caminaba
sobre un caballo indómito, delante
de sus guerreras huestes y bizarras.
Caminaba sereno, denodado,
esculpido el valor en la mirada,⁹⁵⁵
de ensanchar sus dominios codicioso
tal vez acariciando la esperanza. [48]
Vos erais su valido, y a su lado
don Alfonso un lugar os dispensaba;
que sin vuestro consejo y vuestra venia⁹⁶⁰
no excita al enemigo ni lo ataca.

»Cesó el clarín; al rayo de la luna
destacáronse ya, no muy lejanas,
de Badajoz las torres, cuyos muros
iban a ser testigos de una infamia.⁹⁶⁵
Acamparon las huestes, y entretanto
que las perdidas fuerzas reparaban
con un breve descanso, don Alfonso
trazó, selló y os entregó una carta.

«-Id -os dijo después-, id, don Ramiro,⁹⁷⁰
a saludar al rey de aquesa plaza,
y decidle que un rey tan poderoso
como el rey de León aquí le aguarda;
decidle cómo vengo en son de guerra,
de estos grandes dominios en demanda,⁹⁷⁵
y cómo están dispuestos mis soldados
a morir por el triunfo de mi causa.
En ese pergamino le encomiendo
la razón que me asiste a esta jornada.-

»Vos partisteis ligero como el rayo;980
quien viera vuestro gozo, no dudara
que erais vos de este reto el responsable,
trama por vos urdida y preparada.

»Vacilando entre el miedo y la avaricia,
llegasteis presto al castellano alcázar;985
hablasteis con el rey que, deferente,
os hizo grande honor, y al leer la carta
quizá su corazón latió violento,
tal vez su hermosa frente se anublaba...

»No es un temor cobarde, no es el miedo [49]990
a sostener la lid lo que le espanta:
¡no hubo jamás cobardes en Castilla!
Lo que al rey don Fernando le aterraba,
era pedir al portugués un plazo
para entablar la lucha provocada.995

»Mas ¿qué hacer, si sus tropas valerosas,
sus fuertes caballeros y mesnadas
derramaban su sangre en suelo extraño
de la justicia y del honor en aras?

»Y abrumado su reino por contiendas1000
y discordias civiles, amagada
su corona y a guerra apercebido
por las fuerzas que manda el de Navarra,
¿cómo podrá luchar? ¿de qué manera
probar esfuerzo ni reñir batalla?(1)1005

»¡Ay! A tales preguntas, don Fernando
sobre el pecho la frente doblegaba
y -¡Rendirme! ¡Oh, jamás!- en sordo acento
sus balbucientes labios murmuraban...
Vos comprendisteis bien cuánto sufría1010
su noble corazón, y vuestra audacia
nunca pudiera ser tan oportuna
como dándole al triste una esperanza
en medio de inquietudes tan horribles,
tantos crudos temores y asechanzas.1015
¡Y esa esperanza se la disteis, bella
y halagadora, mas cobarde y falsa!

»¿Vais haciendo memoria, don Ramiro,
cuya es la voz que tan altiva os habla? [50]
Mas dejad que prosiga; queda poco,1020
y es lo mejor del cuento lo que falta.

»Entre las damas nobles de la corte

de don Fernando de León, llevaba
la palma en donosura y gentileza
su hermana doña Elvira, de bastarda¹⁰²⁵
cuna; mas para vos, sólo que fuese
de progenie de reyes os bastaba.

»Visteis a doña Elvira, y al fijaros
en la lánguida luz de su mirada;
al ver aquellos labios purpurinos,¹⁰³⁰
gloria del caballero que la amaba
(porque la amaba un hombre), vos sentisteis
la codicia infernal dentro del alma,
pasión la más innoble y más funesta
de cuantas tejen la miseria humana.¹⁰³⁵

»Cuando ya la codicia se apodera
de nuestro corazón, como la llama
de un incendio voraz, nada es bastante
a vencerla, extinguirla ni amenguarla,
y en vos esta codicia, de tal suerte,¹⁰⁴⁰
con tanta rapidez se propagaba,
que aquella misma noche decidisteis
en doña Elvira, la infeliz, saciarla.

»Meditado era el plan sin duda alguna
que ibais a ejecutar para logralla;¹⁰⁴⁵
de otro modo jamás conseguiríais
del buen rey de León la fiel palabra
de daros por esposa a doña Elvira,
que allí en solemne voto os fue empeñada.

»Mas ¿a qué proseguir? ¡Sólo al recuerdo!¹⁰⁵⁰
de aquella noche, maldecida, estalla
mi corazón de cólera y quisiera [51]
morir, por no penar al recordarla!
Tres horas de secretas confidencias,
llamado a engaño, os dispensó el monarca.¹⁰⁵⁵
¡Tres horas de traición! ¡Ah, don Ramiro,
que las paredes al traidor delatan!...

»Y aquella misma noche en matrimonio
la pobre doña Elvira os fue entregada;
sus quejas, sus gemidos, sus protestas,¹⁰⁶⁰
no fueron atendidas ni escuchadas.
Tranquilo quedó el rey; vos complacido
os alejasteis de la regia estancia,
y a merced de las sombras, discurriendo
por calles tortuosas, solitarias,¹⁰⁶⁵
llegasteis a una casa y penetrasteis.
Iba con vos la sin ventura dama

llagado el corazón, pálido el rostro,
anegados los parpados en lágrimas...

»¡Oh! En aquella mansión aborrecida,1070
de la que restan hoy cenizas pardas,
pues a cenizas convirtiola luego
de un famoso ladrón la mano airada,
fue vuestra doña Elvira; pero ¡nunca,
nunca su amor fue vuestro! Allí encerrada1075
algún tiempo quedó, y allí ha sufrido,
¡ah!, sabe Dios cuánto sufrió su alma.
Era alta noche ya cuando salisteis
de aquel negro recinto; caminabais
pálido como un muerto, cabizbajo,1080
torvo, como una sombra condenada;
un hombre os perseguía silencioso,
y al veros alejar cortó distancia
y de pronto os paró: -¿Quién sois?- dijisteis
al verle frente a vos como una estatua;1085
pero mudo aquel hombre, sin oídos,
con sonrisa satánica os miraba. [52]

»-Fui noble -os dijo al fin-; fui caballero
de hidalga cuna y condición hidalga;
jamás con sangre de villana gente1090
regué la tierra ni manché mi espada,
y por eso sin duda en este instante
no la hundo hasta el pomo en tus entrañas.
Fui caballero, sí; mas desde ahora
no puedo serlo ya, porque me falta1095
mi numen protector, el ángel puro
que por nobles veredas me guiaba.
No puedo serlo ya, porque he perdido
cuanto fuera mi orgullo y mi esperanza,
cuanto diera valor a mis acciones1100
y altivos pensamientos me inspirara.
¡Tú, lusitano vil, tú eres tan solo
el que en la senda criminal me lanza,
donde el recuerdo de mi bien perdido
no vuelva más a conturbar mi alma!1105
¡Que el rayo de la cólera divina
al castigar mi bárbara venganza
abra también, inexorable y justo,
en tu conciencia ruin, eterna llaga!-

»Así os habló aquel hombre; sus pupilas1110
chispas de fuego del infierno exhalan
al girar en la órbita, y su acento
como una tempestad retumba y brama.
-¡Perdón, perdón! -clamasteis al oírle-

¡Perdón!... -Y en tierra la rodilla hincada,1115
perdón mil veces con temor cobarde
del hombre aquel, doliente demandabais.

»Movido acaso a compasión, no quiso
con vuestra sangre deshonorar su espada,
y en pedazos quebrándola, arrojola1120
lejos de sí con iracunda saña.

-Mientras fui noble -dijo- me serviste;
hoy fueras para mí pesada carga; [53]
y pues como hasta hoy no quiere el hado
vayas pendiente de cintura honrada,1125
quédate a la ventura, espada mía,
que a un bandolero su puñal le basta.-

.....

»Vos en tanto de hinojos, suplicante,
no cesabais un punto en pedir gracia;
gracia para una vida que iba a seros1130
con eternos dolores prolongada.

¡Cuánto mejor os fuera, don Ramiro,
morir entonces! ¡Oh, cuántas desgracias,
y cuánta expiación, cuánto martirio,
matándoos aquel hombre os evitara!1135

Mas no quiso arrancaros la existencia,
que fuera poco cebo a su venganza.

¡Era preciso que llegase un día
en que vuestra conciencia despertara,
y al mirar vuestros crímenes, quisierais1140
de vos mismo escapar, y no encontrarais
asilo ni en la tierra ni en el cielo,
ni allí ni aquí perdón a vuestras faltas,
ni clemencia ante Dios ni ante los hombres,
ni al pie del confesor ni al pie del ara!1145

-¡Miserable, no tiembles! Yo no tengo
sed de sangre, traidora; vive, pasa
los días que te restan entregado
en brazos de esa virgen desgraciada
a la que tanto amé. ¡Negra es tu estrella1150
cuando le inspiras a un bandido lástima!

Mas oye, lusitano: si algún día
esa hermosa mujer que me arrebatas
llega a sentirse madre y no son monstruos
los hijos que te dé, como de raza1155
lo heredarán por ti, yo, desde ahora,
te exijo donación formal y clara,
dentro del plazo fijo de quince años,
de hembra o varón, el que primero nazca. [54]

Varón, le haré maestro en el pillaje:1160
matará, robará por las comarcas,
como yo robaré desesperado,

y cuando mire la segur cercana
y próximo mi fin, por toda herencia
le haré depositario de mi fama.1165
Hembra, con ella partiré hermanado
mis riquezas espléndidas robadas;
presentes de magníficas preseas,
diamantes y oro llevaré a sus plantas.
Por ella, en las ermitas del contorno1170
desnudaré las Vírgenes sagradas,
y sus fúlgidos mantos y diademas
de rubíes, de amatistas y esmeraldas,
adornarán sus hombros y sus sienes,
para al verla tan célica, adorarla.1175
No más quiero de ti; jura cumplirme
este postrer anhelo que afianza
la vida que te doy. Y por que tengas
una memoria mía mientras vayas
la existencia arrastrando por la tierra,1180
escúchame otra vez. Cuando tú hablabas
con el rey don Fernando, yo te oía
a un tiempo mismo con placer y rabia.
Sé que quieres matar a don Alfonso
de Portugal, tu rey, cuya privanza1185
te concedió en mal hora; sé que luchas,
empero, con temores que te espantan
y te hacen vacilar; mas persevera
en tu proyecto vil, no temas nada.
De todo triunfarás; nadie en la tierra1190
quedará que conozca tus infamias;
nadie podrá mofarte, ni tu crimen
para eterno baldón echarte en cara.
¡Mi cuchillo abrirá tremenda herida
del que a tanto se atreva en la garganta,1195
y no hay vereda sobre el haz del mundo
que para perseguirle no trillara! [55]
Ve, pues, junto a tu rey, traidor valido;
dile que Badajoz le espera en armas;
y cuando por sus puertas victorioso1200
intente penetrar, yo haré que caiga
al suelo con dolor, bañado en sangre.
Corre, corre a su tienda de campaña
antes que el alba luzca, y en su frente
el ósculo de Judas ve y estampa...1205

»Y el bandido calló; vos le escuchasteis
con agrado tal vez. Cuanto él hablara,
si en el fondo era horrible, por lo menos
vuestrós viles instintos halagaba.
Aquella misma noche, don Alfonso1210
penetró en Badajoz; su estrella aciaga

lo quiso así, para que ejemplo fuera
en su dolor a cándidos monarcas.

»Y cuando sus banderas en los muros
de Badajoz, la invicta, tremolaban;1215
cuando, ufano, entre músicas y vítores,
al aposento real se encaminaba,
súbito de su potro rodó en tierra.
Una flecha, de lejos disparada,
atravesó su muslo, y muerto acaso1220
creyéndole sus huestes, aterradas,
¡Traición! ¡Traición!, clamaron. Cunde entonces
por toda la ciudad grito de alarma,
despiertan sus tranquilos habitantes,
y al mirar en peligro sus moradas,1225
la santa paz en que hasta allí vivieran
por extranjera furia amenazada,
claman también: -¡Traición!- Y a sus acentos
ruedan peñascos por el aire, saltan
aceros por doquier, y suenan quejas1230
y se abren yelmos y se rompen lanzas...

»Sangrienta fue la lucha, pero al cabo
logró su triunfo el santo amor de patria, [56]
sentimiento divino que engrandece
el alma de los pueblos y les marca1235
en el eterno libro de la Historia
un premio de inmortales alabanzas(2).

»Prisionero en poder del castellano
don Alfonso quedó. ¡Con cuántas lágrimas
humedeció su lecho de dolores,1240
al conocer vuestra traición villana!
Su noble vencedor, siempre a su lado,
con palabras de amor le consolaba;
pero ni sus palabras ni consuelos
eran bastantes a curar la llaga1245
que abrió en su pecho la perfidia horrible
del ingrato valido a quien amara.
No eran bastantes, no; sólo la muerte
por término a sus males esperaba,
porque sólo en la muerte está el remedio1250
para quien tiene traspasada el alma.

»Mas antes de morir, a don Fernando
rogó con grande afán que os perdonara,
y proscripto os lanzase de su reino,
por única expiación a vuestra infamia.1255
Ambos reyes en ello convinieron,
y errante, sin reposo, hogar ni patria,

con la desventurada doña Elvira
llegasteis a estas rocas solitarias,
donde os abandonó, por ir en busca1260
del premio que los mártires alcanzan...

»¡Ay! ¡Pobre doña Elvira! Tú has sufrido
como jamás sufrió criatura humana; [57]
mas si llevaste al cielo la memoria
de tu primer amante, aquellas gratas1265
horas de dulces besos e inocentes
tiernos halagos y caricias castas;
si no pudo la muerte en el olvido
hundir tantos recuerdos, y a la santa
mansión de los querubes, donde moras,1270
llega el eco mortal de mi plegaria,
¡perdona, doña Elvira, al que tu nombre
quiso borrar con sangre de su alma;
al que te vio perdida, y en el crimen
creyó encontrar consuelo a su desgracia!1275

.....
»A poco tiempo de esto, don Alfonso
dejaba de existir. Cuando expiraba,
rogó al Señor le concediese un plazo
para venir a veros a Milmanda,
en espíritu o cuerpo, y de este modo1280
hacer que conocieseis vuestras faltas
y alcanzar para vos misericordia
en la región de la divina gracia.

»En tanto el bandolero, deplorando
la ruindad de las flechas de su aljaba,1285
fugitivo por ásperas veredas,
ora salvando valles o montañas,
huía de la luz y de las gentes
que a gritos su cabeza pregonaban.

»Cansado estaba ya de esta existencia,1290
cuando plugo a su suerte que encontrara
una tarde de enero once truhanes
de mala vida y pérfidas entrañas;
trabó con ellos amistad profunda;
si tímido al principio se mostrara,1295
hizo temerse pronto, y desde entonces
todos a sus mandatos se inclinaban. [58]

»Capitán de gavilla, vio quince años
de su vida pasar, con la esperanza
de visitaros hoy... y hoy, don Ramiro,1300
que ya aquel plazo de expirar acaba,
viene a exigir de vos, dispuesto a todo,

el cumplimiento fiel de una palabra...
¡Señor de Santarén! Aquel bandido,
de vos tan sólo una respuesta aguarda...»1305

VI

Dijo don Pedro, y alzando
altivo la osada frente,
su pupila irreverente
en don Ramiro clavó;
y al resplandor que una lámpara1310
por todo el ámbito vierte,
la palidez de la muerte
en su semblante miró.

Amarillentos los labios,
sarcásticos, contraídos,1315
los ojos entumecidos
con vidriosa brillantez
como cuévanos las sienas,
la pestaña entrecerrada,
la mejilla descarnada,1320
descolorida la tez...

Con afán y sobresalto
don Pedro llegó hasta el lecho
y una mano sobre el pecho
de don Ramiro posó;1325
mas al ver que ya no late
su corazón frío y yerto, [59]
dijo: -¡Desdichado, ha muerto!
¡Su conciencia le mató!

.....

¡La Conciencia! ¡Y hay quien duda1330
de la existencia del alma,
morando ese quid divinum
en nuestro mísero ser!
¿Por qué el criminal entonces
vive sin paz y sin calma1335
y le atormenta el recuerdo
de sus víctimas de ayer?

¿Por qué ha de sentir el hombre,
si en él, como en una roca,
no deja impresión alguna1340
la brisa ni el huracán?
¿Qué fuerza del mal le aleja?
¿Qué fuerza al bien le provoca
y a la perfección le impele
con inextinguible afán?1345

¡Tú sólo, Conciencia, azote
del reo, del justo palma,
estrella polar del alma
que eterna gira hacia ti!
¡Tú sólo! Y cuando te niega¹³⁵⁰
el humano entendimiento,
tú, con un remordimiento
le respondes: ¡Heme aquí!

Confuso quedó don Pedro
junto al lecho mortuorio,¹³⁵⁵
el pensamiento sumido
en honda meditación,
admirando de la vida
lo fugaz y transitorio
y sintiendo en su conciencia¹³⁶⁰
un dulce afán de perdón. [60]

Entonces vio deslizarse
toda su vida pasada
en el crimen malgastada,
carcomida de pesar,¹³⁶⁵
y anhelaba una existencia
para el resto de sus días
de esas santas alegrías
que suele el amor brindar.

Y paraba la memoria¹³⁷⁰
en su doña Elvira amada,
dirigiendo una mirada
al cielo, que a buscar fue;
pero un imán poderoso
que a su pupila se aferra,¹³⁷⁵
lo hace mirar a la tierra
con más ahínco y más fe.

Y es que doña Dulce llora
su orfandad y desconsuelo
sobre el helado cadáver¹³⁸⁰
del que su padre llamó.
-¡Padre, padre mío! -exclama;
¡Me dejas sola en el suelo!
¿Me dejas sola, mi padre,
y no he de morirme yo?-¹³⁸⁵

¡Pobre niña, condenada
antes ya de que nacieras
a vivir sacrificada
de una traición al poder,

de tu pena a la amargura¹³⁹⁰
paz ni alivio en vano esperas!
¡Ni consuelo, ni ventura
ni descanso has de tener!

Llora, doña Dulce bella;
llora, doña Dulce, llora, [61]¹³⁹⁵
porque don Pedro te adora
desde que tu faz miró...
¡Triste herencia de tu madre,
su hermosura fue tu ornato,
y él que vio en ti su retrato¹⁴⁰⁰
como a tu madre te amó!

Libro segundo Amor

I

¡Hombres, amad! El pájaro en su nido,
el silfo en su hoja, en su rincón la araña,
el pez entre las ondas sumergido,
en su cubil salvaje la alimaña
se estremecen de amor... Vívida hoguera⁵
de irresistible llama abrasadora,
con que el divino aliento alumbró el caos,
su resplandor eterno reverbera,
antorcha inextinguible
de la creación sobre la ingente esfera¹⁰
y alma de todo ser, germen fecundo
de cuanto el sol colora,
desde el hombre al insecto, anima y dora
cuanto el espacio abarca y puebla el mundo.

¡Amad, mujeres! Las que en áureo cáliz¹⁵
néctar apuráis de la amargura;
las que faltas de dicha y de ventura
tras íntima congoja
visteis de la ilusión la flor querida,
en yertos desengaños convertida²⁰
mustia al suelo rodar, hoja por hoja; [66]
oh, amad, sí, que el amor es el rocío
de las flores del alma, es el aliento
restaurador del apagado brío,
voz que imprime al cadáver movimiento,²⁵
que enciende el sol y músicas da al río...

sentimiento sublime,
ángel de leves luminosas alas,
él al esclavo corazón redime,
y al pecho torna, que desierto gime,³⁰
perdidas pompas y marchitas galas.

.....
Sobre el sepulcro infando
que a don Ramiro muerto recogía
doña Dulce lloró, quizá ignorando
que el llanto que vertía³⁵
jugo a un amor exótico daría.
Lloró; pero sus lágrimas acerbadas
que en nube vaporosa
de arrebol encantado y peregrino,
tibias bañaron la pesada losa⁴⁰
del valido traidor, lágrimas fueron
que de don Pedro al beso se templaron
y en un cielo de rosa se perdieron.

Amaba ya. La desgarrada pena
que de la muerte el rayo dejó en su alma,⁴⁵
el temor a una vida
por hondas tempestades combatida,
sin esperanza de consuelo y calma,
todo pasó, del ceguezuelo niño
a la sonrisa de atractivos llena;⁵⁰
todo pasó, porque brotó serena,
tintas prestando al seductor armiño
del rostro de la virgen, hechicero,
la aurora en su alma del amor primero.
Amaba y era amada⁵⁵
y era feliz y venturosa era; [67]
tan feliz como un ave enamorada
serlo tal vez pudiera,
si a su canción divina no se uniera
la queja de dolor desgarradora,⁶⁰
que sin querer del pecho se desprende,
cuando sus senos hiende
la flecha de la lucha matadora.

Y es que la pobre niña,
en medio de la fe con que adoraba⁶⁵
al hombre que, rendido,
lleno de amor, amores la juraba,
allá en el fondo de su ser sentía,
acaso sin saber de qué emanaba,
un supremo dolor, una agonía,⁷⁰
un martirio tan íntimo y tan lento,
que, como un pertinaz presentimiento,
perturbaba sus horas de alegría.

Pero, ¿quién de la orgía,
entre el jovial bullicio, no disfraza⁷⁵
la lágrima importuna, que brotando
al calor de una idea pavorosa
de aquel lugar ajena,
nace a ser del contento la amenaza?
¿Quién el impulso entonces no refrena⁸⁰
del corazón que sufre, y de la taza
al apurar la libación sabrosa,
embotado el espíritu y beodo,
olvidado de sí, no olvida todo?...

El lenguaje tiernísimo y galano⁸⁵
que impregnado de fresca poesía
empleaba el bandido castellano
cuando a su amante leal se dirigía
embriagó de tal modo a doña Dulce
que, la que antes celosa⁹⁰
por vagas sombras se sintió turbada, [68]
tranquila ya, reposa
de don Pedro en las frases confiada.

Y en semejante estado,
forjó su mente un porvenir risueño,⁹⁵
y hacia él marchó, latiendo acelerado
su corazón en amoroso ensueño.
Que así el corazón late
cuando, principio a nuestras dichas todas,
espera el alma, en matador combate,¹⁰⁰
la luz que ha de alumbrar en nuestras bodas;
y así sueña la mente enardecida
cuando, de la esperanza posesora,
quiere animar con movimiento y vida
el ideal fantasma que atesora.¹⁰⁵

Espléndido, radiante,
un día se alzó el sol: era la hora
en que el pájaro errante
posa en la verde rama y se cimbreaba
al compás de su armónica y sonora¹¹⁰
blanda canción que el ánimo recrea.
La alborada moría
como cándida virgen que abandona
sus juegos en la cuna, y a su frente
espléndida corona¹¹⁵
la luz del sol magnífico ceñía.
Murmuraba el arroyo allá en la vega
entreabrían las rosas su capullo
al beso de su linfa que las riega,
y al delicioso arrullo¹²⁰

de la plácida brisa, contestaba
la paloma que atenta le escuchaba.
Trémulas gotas de vital rocío
esfaltaban de chispas de topacio
las copas de los árboles azules,125
y en la extensión quietísima del río [69]
reflejaban su púrpura los cielos
sobre él alzando sus rojizos tules...

Pero, lector, si te place
cambiemos de tono; basta130
lo dicho para advertirte
que en una hermosa mañana
y en un patio, por más señas,
del castillo de Milmanda,
los cofrades de don Pedro135
juntos así platicaban:
-¡Cuán rápido el tiempo vuela!
-decía uno de ellos-. Ya pasa
de un año, según entiendo,
que por sendas ignoradas,140
en noche lóbrega y negra,
saltando breñas y zanjas,
a guisa de renegados
llegamos a esta comarca.
¡Noche memorable! ¡En ella145
para siempre sepultada
quedó toda una existencia
de gloria, poder y hazañas!
¡Ah, si pudiera mi mano
cortar al tiempo las alas,150
y alcanzar aquellos días
que hoy sólo la mente alcanza!...

¡Ser libres como los vientos
que bajan de las montañas
a poner freno al torrente155
y espanto en las caravanas!
¡Dormir vecino a las nubes
el breve sueño del águila,
y cual ella todo un mundo
dominar bajo las garras!160
¡Tener un puñal a prueba [70]
de férreas cotas de malla,
temido en villas y aldeas,
en palacios y cabañas!
¡Soñar riquezas y rico165
despertar por la mañana!...
¡Oh, si en mi mano estuviera
cortar al tiempo las alas!...

-Bien decís -repuso entonces
otro de sus camaradas-;170
mas no recordemos glorias
de nuestra vida pasada,
que, si son muchas, son más
los crímenes que la empañan;
y pues don Pedro este día175
con doña Dulce se enlaza,
sepamos si hay de vosotros
quien el enigma deshaga
de esa unión, cuyo misterio
mi torpe razón no alcanza.180
-En grave riesgo ponéis,
hermano, la noble fama
de nuestro buen capitán
con vuestra justa demanda;
pues para satisfacerla185
según de suyo reclama,
pienso ha de ser menester,
lejos de hacerle alabanza,
motejarle de traidor
y de condición ingrata.190
-Duro andáis, ¡por vida mía!
-Sí, a fe, y me pesa en el alma,
que a tal extremo me lleva
justicia, sí, no arrogancia;
y si en boca aventurera195
no es especie aventurada,
de traidor y de cobarde
cargos le haré que le manchan.
-En buen hora eso digáis [71]
si en testimonios se basa,200
mas si de ellos carecéis
callaréislo noramala.
-Tantos son y de tal suerte,
que por sí solos bastaran
para colgarle del cuello205
en la más alta atalaya.-

Y esto al decir el bandido
con voz arrogante y clara,
oyose un fiero murmullo
entre los que le escuchaban,210
y todos lo rodearon
por no perder sus palabras,
mirándole ferozmente
y en ademán de amenaza.
-No, a la fe, no me intimidan215
vuestras sañudas miradas;
probaros he con razones

cuanto mi lengua arriesgara;
que yo le tengo a don Pedro
en grande estima, y no embarga²²⁰
cuanto decir me propongo
prendas en él muy preciadas.
Yo no pretendo quitarle
valor, fiereza y pujanza,
que estas son dotes que en él²²⁵
nadie pudiera negarlas.
Mas si don Pedro no fuese
traidor, sin fe ni constancia,
¿a qué abandonar la senda
en que alcanzó gloria tanta?²³⁰
¿por qué, pues en él creímos
burló nuestras esperanzas,
cuando riquezas sin cuento
la suerte nos deparaba?
¿a qué dejar una tierra²³⁵
do tanto nombre lograra, [72]
do tanto espacio tenía
su eterna sed de venganza,
por este rincón breñoso
de la más pobre comarca?²⁴⁰
¡Qué! ¿No es traición el perjurio?
Y cuando a nuestra compañía
llego, de olvidar ganoso
amores que le amargaban,
¿no juró, puesta la mano²⁴⁵
sobre la cruz de su daga,
ser fiel a nuestro instituto
y defender nuestra causa?
-¡Lo juró y lo satisfizo!
-No es verdad. ¿Qué en esta casa²⁵⁰
hacemos, pues?

-Lo que cumple
a nuestro jefe, y os basta.
-¡Donosa argucia!... De suerte
que si le antoja, mañana
peregrinando tras él²⁵⁵
iremos a la Tebaida.
-¡Quizá no es otro el camino
que nuestra estrella nos marca!
Y en este punto debiera
ser vuestra lengua más cauta,²⁶⁰
pues si en la tierra se purgan
de algún modo nuestras faltas,
muchas habéis y muy grandes
que penitencia os reclaman;
aparte de que no es cuerdo²⁶⁵
hacer alarde ni gala

de conocer el destino
que el porvenir nos depara.
-Ello podrá ser así,
mas si al destino se achaca²⁷⁰
cuanto acontece a los hombres
que, al fin, a su impulso marchan,
de más están esas leyes [73]
que a cuenta y juicio nos llaman;
pues si el destino es quien yerra,²⁷⁵
¿cómo es el hombre quien paga?
¡Bah! No me habléis del destino...
¿Será el destino el que manda
también ligar a don Pedro
con doña Dulce ante el ara?²⁸⁰
-Tal pienso yo.

-Entonces digo
que no hay en la tierra nada
que del orden regular
y de lo justo se salga.
Y pues don Pedro no ha sido²⁸⁵
traidor, decid, por mi ánima
si es cobarde o no quien huye
a la Justicia la cara;
si es cobarde o no quien llega
perseguido a las montañas²⁹⁰
de León y allí refugio
una mujer le depara:
mujer que parte con él
su pan, que vierte en su alma
consuelos, que trueca en horas²⁹⁵
de amor sus horas amargas,
que lo hace olvidar, por último,
sus desventuras pasadas;
y tras de tanto cariño
y tras de mercedes tantas,³⁰⁰
la abandona, la mancilla,
y como si aún no bastara
tanta ingratitud, la hiere
cuando lleva en sus entrañas
el fruto de sus amores,³⁰⁵
y cosida a puñaladas
del impetuoso Bernesga
la precipita en las aguas...
¡Por Cristo, que si cobarde
no fuese quien tal infamia [74]³¹⁰
consume en una mujer,
de monstruo se le tachara!

Y los que lo oyeran antes
como a guisa de amenaza,

heridos por el recuerdo³¹⁵
que aquella escena evocaba,
depusieron poco a poco
la ira de sus miradas,
y pensativos y tristes
la narración les tornaba.³²⁰
-Razón os sobra -repuso,
por fin, el que antes tomara
la defensa de don Pedro,
con tono de pena amarga;-
razón tenéis en verdad,³²⁵
y no pudiera negárosla
quien, como vos, presencié
tan duro y sangriento drama.
Mas debéis tener en cuenta,
si justo ser os agrada,³³⁰
cual conviene a quien se erige
en juez de ajena causa,
qué móvil llevó a don Pedro
a probar la vida airada,
y si era cuerdo o era loco³³⁵
cuando en ella se lanzaba.
No se os oculte, ante todo,
su cuna y su sangre hidalgas;
ni deis tampoco al olvido,
ya que él mismo os la contara,³⁴⁰
la historia de sus amores,
¡bien triste, a la fe, y bien larga!
Recordad, si es que la mente
no os es al recuerdo ingrata,
qué mano tronchó en mal hora³⁴⁵
la flor de sus esperanzas;
quién mató las ilusiones [75]
que iban naciendo en su alma,
quién le robó juicio y honra
en doña Elvira, su amada,³⁵⁰
y así encontrará disculpa
un corazón que se abrasa
en sed de crimen, ansioso
de desagravio y venganza...
Si cobarde fue don Pedro³⁵⁵
dando muerte a la gitana,
reparad la valentía
que este crimen entrañaba,
y haced cuenta que en el fondo
de su conciencia quedaban³⁶⁰
cenizas de un amor muerto
que por renacer pugnaba.
Reparad que aquí tenía,
con el señor de Milmanda,

pendientes añejas deudas³⁶⁵
y era preciso cobrarlas.
Y antes que faltar un punto
a su palabra empeñada,
mató un amor criminal
de otro más puro en las aras.³⁷⁰
-¿Amor criminal, decís?
-¡Sí, criminal!, pues brotara
en un corazón que, ciego,
por otro amor se abrasaba.
-Pero, si digna de aprecio³⁷⁵
creía la veneranda
memoria de doña Elvira,
¿cómo don Pedro manchaba
su purísimo recuerdo
con sangre inocente y cándida?³⁸⁰
-Pedid a un loco razón,
decidle el mal que le aguarda
si por sinuosa vereda
se obstina en guiar su planta,
y os dirá: De esta manera [76]³⁸⁵
logro mi fin. Y así marcha,
hasta que Dios le da acuerdo
o en su camino le mata.
-¿Loco don Pedro?... En verdad
que su locura es extraña.³⁹⁰
No sé que más cuerdo fuera
quien en su mente grabada
lleva la imagen ardiente
de la mujer a quien ama,
y no bastando quince años³⁹⁵
de eterna ausencia a olvidarla,
muerta ya, busca a su hija
y el loco entonces, se enlaza...;
si esto es locura, paréceme
que no es muy digna de lástima.-⁴⁰⁰

Aquí los dos rufianes
en su contienda llegaban,
cuando vino otro tercero
a terciar en la demanda.
-No puedo oír ni consiento⁴⁰⁵
que tan criminal se le haga
ni que tan loco se crea
al capitán que nos manda.
¡No es loco quien firma un pacto
y para cumplirlo salta⁴¹⁰
por cuantas vallas el mundo
ante su paso levanta!
Y si ha sido criminal

don Pedro con la gitana,
ella lo note, pues vive,415
mas nunca sus camaradas.-

Dijo el bandido, y calló.
y hubo un instante de pausa
en que todos sus amigos
con asombro le miraban. [77]420
Y algunos, cual si temieran
que aquellas graves palabras
fuesen el negro conjuro
de un vengativo fantasma,
retrocedieron un paso425
y echaron mano a la daga
que de sus cintos colgando
bajo la capa llevaban.
Mas vueltos del estupor
que tal nueva les causara,430
todos a más no poder
echaron a reír la gracia,
mientras el más temerario
de cuantos allí burlaban,
de esta suerte requería435
al que hasta entonces hablara:
-Por Satanás, compañero,
que esa noticia me causa
cierto asombro, y ya me explico
la razón con que negabais440
el que tuviese don Pedro
la suya coja y lisiada,
pues toda locura es cuerda
si a la vuestra se compara.
Conque... ¿Magdalena vive?445
-¡Sí, vive! Todo Milmanda
os lo dirá, que la ha visto,
harapienta y desgredada,
vagar con un niño en brazos
por sendas no muy lejanas450
de este castillo.

-Visiones,
visiones no más.

-Es rancia
costumbre por estas tierras
hablar de brujas y de almas
aparecidas; un cuento455
más o menos, se oye y pasa... [78]
-¡Cuento!

-¿Pero vos la visteis?...
De no ser así, no hablara;
mas yo la vi, ¡ira del cielo!,

yo la vi: si esto no os basta,460
salid, que donde hay aceros
están de más las palabras.-

Ya alguno se disponía
la vida a vender bien cara,
cuando a través de los muros465
de aquella amplísima estancia,
sintieron allá a lo lejos
el son de una carcajada.
De súbito, consternados,
agólpanse a la muralla470
del castillo, y ver pudieron,
a no muy grande distancia,
la macilenta figura
de Magdalena que, airada
y cautelosa, cual tigre475
que acecha su presa, marcha
tras una nube de polvo
que dos caballos levantan.

II

No lejos del triste lugar de Milmanda
un valle se extiende de eterno verdor,480
por donde desliza benéfica y blanda
su linfa un arroyo con grave rumor.

Allí un ermitorio su torre levanta
que tiene una esquila de pobre metal,
y dentro este asilo que inspira y encanta485
se reza a la Madre de Dios del Cristal. [79]

Es ésta, entre todas las Vírgenes bellas,
la más imposible de humano cincel:
sus labios son nardos, sus ojos estrellas,
su risa una aurora, su frente un clavel.490

Las chispas que lanza su rica corona
fascinan los ojos con tanto esplendor,
y verla no puede ninguna persona
sin darla de hinojos plegarias de amor.

Cual mora en la concha la límpida perla,495
feliz en su cárcel que no osa quebrar,
en tanto que el hombre, quizá por cogerla,
recorre los senos profundos del mar;

cual vive entre zarzas la flor campesina,
brindando perfumes al aura sutil,500

perfumes que envidia la rosa vecina,
misérrima esclava de rico pensil,

tal mora, en el fondo del valle ignorado,
de gloria y de bienes fecundo raudal,
la Virgen más bella que vio lo creado,⁵⁰⁵
la angélica Madre de Dios del Cristal.

No hay penitente ni peregrino
que de Santiago lleve el camino,
término y punto
de su misión,⁵¹⁰
que no visite la pobre ermita
donde la Rosa Mística habita,
para mostrarla
su adoración. [80]

¡No hay en el valle niña o doncella⁵¹⁵
que no se postre delante de ella,
humedecida
la roja sien,
para que ampare bajo su egida
la amenazada preciosa vida⁵²⁰
de su adorado
y ausente bien.

El que en encierro negro y sombrío
lloró su muerto libre albedrío,
y allí a la Virgen⁵²⁵
santa invocó,
presto aliviadas miró sus penas,
presto quebradas vio sus cadenas,
presto su amargo
llanto enjugó.⁵³⁰

La esposa tierna que, sin reposo,
veló al insomne doliente esposo,
junto a su aciago
lecho mortal,
si dijo: «¡Valme, Virgen del alma!»,⁵³⁵
luego su amado cobró la calma,
luego tranquilo
dejole el mal.

Y así, no hay nauta ni caminante,
loco mendigo, gitano errante,⁵⁴⁰
perdido en mares,
campo o ciudad,
que no le deba santos favores,

dulces consuelos a sus dolores
y a su tristeza⁵⁴⁵
pura amistad.

Como se agolpan hacia la orilla
del mar las aguas, onda tras onda, [81]
dejando espumas
en pos de sí,⁵⁵⁰
tal, de esta imagen a la capilla,
vienen cien pueblos a la redonda,
santas ofrendas
dejando allí.

Por eso cuelgan desde el estrecho⁵⁵⁵
y angosto cuadro que forma el techo
ricos doseles
de gran valor;
y en la ancha nave vierte sombría,
sobre retablos de argentería,⁵⁶⁰
lámpara de ónice
suave fulgor.

Y de repisas y barandales
penden ofrendas de oro y corales,
primores mágicos⁵⁶⁵
que hizo el buril,
sayos de múltiples vivos colores,
manos de cera, ramos de flores,
trenzas de pelo
y exvotos mil.⁵⁷⁰

Por la vereda que se dilata,
como una extensa cinta de plata,
desde el castillo
de Sanchidrián,
hasta las gradas de aquella ermita⁵⁷⁵
do se venera la Virgencita,
dos alazanes
trotando van.

De vino en el lomo, serena y bella,
cabalga apuesta noble doncella,⁵⁸⁰
su labio en ondas
vertiendo amor, [82]
en cuya roja tersa mejilla
y en su mirada, que amante brilla,
luz soñadora⁵⁸⁵
pinta el rubor.

Sus crenchas de oro flotan al aire,

cayendo en bucles con gran donaire
sobre su espalda
blanca y gentil,590
y tras su labio, más encarnado
que la bermeja flor del granado,
dientes asoman
como el marfil.

Contiene el brío de otro más fiero595
raudo y fogoso trotón ligero,
jinete altivo
de ella a la par,
cuya rizada larga melena
ciñe alba gorra de rubíes llena,600
con blanca pluma
de ave de mar.

Barba cerrada, color moreno,
negra pupila, mirar sereno,
la faz animan605
de aquel garzón;
pero una triste sonrisa amarga
siempre su labio trémulo embarga,
disfraz sarcástico
de honda aflicción.610

Vana sonrisa, porque tras ella
volcán de duelo cruel descuella,
que allá en su pecho
comienza a hervir;
vana sonrisa, como ese canto615
que al viento exhala lleno de encanto [83]
el amoroso
cisne al morir.

Uno del otro poco distantes,
van acortando los caminantes620
del valle alegre
la inmensidad,
tan abismado su pensamiento,
tan silenciosos, que ni un acento
suyo recoge625
la soledad.

¿Quién son la dama y el caballero
que así caminan por el sendero
que de Milmanda
lleva al Cristal?630
Él es don Pedro Fuentencalada
y ella es su Dulce, su Dulce amada,

la hija del noble
de Portugal.

¿Mas qué tristeza, o qué dolores⁶³⁵
el cielo empañan de sus amores?

¿Por qué sombríos
marchan los dos?

¿Tan alejadas y silenciosas
esas dos almas que a ser esposas⁶⁴⁰
van a la santa
casa de Dios?

¡Ah! Devorando secreta pena
marcha don Pedro, la faz morena
hasta su amada⁶⁴⁵
no osando alzar,
por que no observo cómo destila
fuente de lloro de su pupila,
que esto la hiciera
tal vez penar. [84]⁶⁵⁰

¡Recurso inútil! Que ella camina
también doliente, pues adivina
tras su funesta
meditación,
de otros amores la viva huella...⁶⁵⁵
y acaso es otra mujer más bella
la que cautiva
su corazón.

De estos temores sobrecogida,
por estos celos el alma herida,⁶⁶⁰
por esta herida
manando hiel,
alzó la niña los garzos ojos,
y así a don Pedro con voz de enojos
habló, respuesta⁶⁶⁵
queriendo de él:

DOÑA DULCE ¡Si desdenes son amores,
mucho, don Pedro, me amáis;
si cuidados y temores,
rendimientos y favores,⁶⁷⁰
más me debéis que me dais!

DON PEDRO Si a mal sospechar se llama
certeza, y podéis dudar
de ese sol que luz derrama,
cuerda andáis en sospechar⁶⁷⁵
que quien os ama, no os ama...

DOÑA DULCE Cierto, señor, que las dudas
hincando están en mi pecho [85]

sus fieras garras sañudas,
mas no me hirieran tan rudas680
faltando lo que sospecho.

Amor me guardáis, y a fe
que es más turbio su arrebol
que el de esa luz que se ve;
si es vuestro amor como el sol,685
ciega al no verle estaré.

DON PEDRO Pues yo, señora, creía
que en mis ojos ardería
la luz que encendisteis vos.

DOÑA DULCE ¡Si esa luz es la apatía,690
bien que me abrasa, por Dios!

DON PEDRO Fuerza es que pruebas tengáis
cuando ese agravio me hacéis;
y si las pruebas tenéis
por las que me condenáis,695
yo os requiero me las deis.

DOÑA DULCE Cuando no fuese bastante
ese silencio constante
que estáis guardando conmigo,
vuestro afligido semblante700
probara bien lo que digo. [86]

DON PEDRO No sé yo qué puede haber
en mi rostro para ver
en él tan loca quimera,
y aun habiendo, ultraje fuera705
mis palabras no creer.

DOÑA DULCE ¿Pues qué pensar, cuando así
camináis hacia el altar,
mas que se alejó de mí
aquel amor que creí710
por todo tiempo guardar?

¡Don Pedro del alma mía!
Si ya esos labios perdieron
la sonrisa que algún día
me enajenó de alegría,715
cuando en los míos cayeron;

si esa frente, donde ayer
he visto resplandecer
fuego de amor celestial,
hoy revela, por mi mal,720
un oculto padecer;

si de esos ojos, hoguera
de un amor que, en llama viva,
mi inmenso amor encendiera,
hoy se desprende, severa,725
triste lágrima furtiva...

¿Qué he de hacer sino pensar
que vuestro amor, ¡ay de mí!,

como una estela en el mar
nació y murió, sin dejar730
rastros alguno en pos de sí?

¡Oh! ¡No me martiricéis
negando lo que estoy viendo; [87]
no, por Dios, no me matéis,
ni la angustia disfracéis735
que en el alma estáis sufriendo!

Sí, don Pedro, yo sé bien
que sufrís...; fantasmas cien
me lo dicen al oído...
Mas ¿quién el alma os ha herido,740
don Pedro de mi alma, quién?

¡Oh! Tiemblo sólo al pensar...
mas no, no puedo creer
que haya en el mundo poder
que me logre arrebatarme745
vuestro amor, que es mi placer.

¡No! Y si el cielo lo quería
tan sólo para probarme,
a tal prueba me traería,
que a ese cielo arrojaría750
blasfemias para vengarme!...
DON PEDRO Mucho me amáis, en verdad;
pero si es grande ese amor,
tened la seguridad
que, en valor y en calidad,755
no es mi cariño menor.

Que yo, señora, os adoro,
y amaros sé de tal suerte,
que estas lágrimas que lloro
diciéndoos están a coro760
que tanto amor es mi muerte.

No de tan alto cayó
rayo que tan honda huella
en la atmósfera trazó,
como la herida que abrió765
tal concepto en la doncella.

Pensó un momento; contuvo [88]
con mano que en fuego ardía
su corazón que latía,
y cuando en calma lo tuvo,770
dijo así, con voz sombría:
DOÑA DULCE Parad el corcel, señor,
retenedle de la brida;
que aquí saber a mi honor
conviene si es el amor775
llanto o gozo, muerte o vida.

Y así diciendo, pararon
él su alazán y ella el potro,
y a aparearlos lograron
de manera que quedaron780
el uno junto del otro.

Y así que cerda se vieron
el galán de la doncella,
levemente sonrieron
y entrambos se dispusieron785
él a escuchar, a hablar ella.

DOÑA DULCE Decíme que ese quebranto
grande amor revela en vos
y sufrir no puedo tanto;
porque si el amor es llanto,790
vos solo amáis por los dos.

Mas si amor es la armonía,
si es la paz y la alegría,
y al rostro sale esa paz,
más revela la faz mía795
que revela vuestra faz.

¡Ah! Creedme, don Pedro: amores
y dolores no se hermanan,
son enemigos traidores; [89]
que nunca de hermosas flores800
torpes esencias emanan.

Los unos cesan, perecen
con la muerte que apetecen,
con el olvido y la edad;
los otros aún permanecen805
vivos en la eternidad.

Conque así, no os afanéis
en demostrar que ese lloro
es amor que me tenéis,
y nunca a mentir os deis,810
que en labio noble es desdoro.

Y pues no tengo en rigor
nada de vos que esperar,
volvamos grupas, señor,
volvamos, que sin amor815
nadie llegó hasta el altar.

DON PEDRO Me ponéis en tal extremo,
purísima Dulce mía,
que llevo a dudar y temo
que este amor en que me quemo820
sea una ilusión impía;

mas si fuese una ilusión,
¿cómo hallar explicación
a este violento latir,
a este angustioso gemir825
de mi fiero corazón?

No amaros... ¡Que tal digáis,
señora, y que tal penséis!...
Ciega, doña Dulce, estáis,
cuando en mi pecho habitáis⁸³⁰
y en mi pasión no creéis.

Así extrañáis mis dolores...
así encontráis ocasión
de dudar de mis amores... [90]
Mas no, no abriguéis temores⁸³⁵
que secan el corazón.

Yo sufrí y lloré, es verdad;
pero si sufrí y lloré,
lloré de felicidad,
sufrí por la intensidad⁸⁴⁰
del mismo amor que os tomé...

Tenedlo entendido así
y no volváis a abrigar
dudas, si me amáis a mí;
y ahora vamos de aquí,⁸⁴⁵
que nos espera el altar.

Y entrambos desde sus sillas
uno al otro se inclinaron,
y al hallarse sus mejillas
dos notas de amor sencillas⁸⁵⁰
en el aire resonaron.

Sonoras, vibrantes notas
cual las que arrancan dos gotas
de oro líquido a un cristal,
que allá a regiones ignotas⁸⁵⁵
llevó el aura matinal.

Notas que sin duda fueron
por Satanás escuchadas,
pues cuando ya se perdieron,
por todo el valle se oyeron⁸⁶⁰
infernales carcajadas...

A sus ecos, de rubor
cubriose el rostro sereno
de la dama, y un temor
sordo, inmenso, aterrador,⁸⁶⁵
oculto quedó en su seno.

Temor que se acrecentó
cuando don Pedro, asombrado,
un ronco grito exhaló,
y cuando trocarse vio⁸⁷⁰
rojo su rostro atezado. [91]

Y otra vez, ambos a dos,
ella delante, él detrás,
marchan de la ermita en pos,
ansiando hallar ante Dios⁸⁷⁵

amor y olvido no más.
-¡Aún vive, por mi tormento!...-
Don Pedro en silencio hablaba.
Y cómo oyendo su acento:
-¡Qué negro presentimiento!-880
doña Dulce murmuraba.

Y así, en congoja mortal,
caminaron ella y él
en silencio sepulcral,
hasta pasar el dintel885
de la ermita del Cristal.

III

Casi promediaba el día
cuando al castillo tornaron
los dos amantes, ya unidos,
del regreso del santuario.890
A recibirles salieron
con paso precipitado
doncellas y servidores
por escaleras y patios.
Plácemes y enhorabuenas895
sin cuento les tributaron,
unas a la bella novia,
y otros al novio envidiando.
De tan cariñosas frases
daba doña Dulce en cambio,900
melancólicas sonrisas,
fugaces como relámpagos.
Sonrisas que iban diciendo [92]
con sordo lenguaje amargo
que salían de su pecho905
como quien sale al cadalso.
Sonrisas que semejaban
hondas heridas sangrando,
cada vez que aparecían
al dilatarse sus labios.910
¡Oh! Si fuese permitido
pagar albricias con llanto,
¡cuánto no hubieran vertido
aquella noche sus párpados!
Mas era preciso entonces915
aparentar lo contrario,
que nadie vertiendo lloro
pasó del altar al tálamo.
Que esta es la vida: un disfraz
con que al nacer ocultarnos920
lo asqueroso por lo bello,

la verdad por el engaño:
disfraz que se hace preciso
hasta la tumba llevarlo,
pues la miseria no puede⁹²⁵
ver su imagen sin escándalo.
Mentir..., hacer que parezca
a la luz lo negro blanco,
porque lo blanco cautiva
porque en lo blanco encontramos⁹³⁰
ángeles de alas de nieve
espacios nunca soñados,
cielo, infinito, grandeza,
pompa, majestad y encanto...
Mentir..., hacer una gloria⁹³⁵
de este infierno de aquí abajo,
como si nadie a negruras
estuviese condenado...
Esto es horrible, sí; ¡pero
tiene tal brillo lo falso!... [93]⁹⁴⁰

¡Tú también, oh, doña Dulce,
mientes porque es necesario
mentir; también finges dichas
donde hay tan sólo quebrantos;
quieres demostrar al mundo,⁹⁴⁵
al mundo torpe y malvado,
que es tu pecho un paraíso
cuando es tu pecho un calvario!
Quieres alejar de ti
su compasión, ocultando⁹⁵⁰
bajo máscara de risa
duelos que afligen tu ánimo.
¡Así se esconden al día,
allá en el fondo del lago,
sierpes que enturbian de noche⁹⁵⁵
su linfa de cristal claro!
Bien haces, sí, doña Dulce,
bien haces en no dar paso
a ese torrente de pena
en que te estás ahogando.⁹⁶⁰
Pues si al mundo trascendieran
esos tus duelos amagos,
si el mundo viera en tu alma
de esos tus celos el dardo,
¡ay, infeliz de la esposa!⁹⁶⁵
¡ay, infeliz del amado!
¡ay, de los recién unidos!
¡ay, de los recién velados!
Que en vez de encontrar consuelo
ni treguas en tu quebranto,⁹⁷⁰

más y más en tus entrañas
vieras ese arpón clavado;
más y más se acrecentaran
esos fantasmas nublados
que pasan ante tus ojos,975
tu dulce calma robando.
¡Que el mundo, triste doncella,
nunca secó nuestro llanto [94]
más que imprimiendo en nosotros
el beso del desengaño!980

.....
.....

Ya llegaron al castillo
los amantes desposados;
¡ojalá que en su recinto
hallen la paz que buscaron!
¡ojalá que no penetre985
con ellos, furtivo y vago,
ese espíritu sombrío
que va siguiendo sus pasos!
¡ojalá que nunca empañen
el cielo de sus encantos990
nubes amenazadoras
de tempestad y de rayos!
¡ojalá que no interrumpan
sus pláticas y sus diálogos
los silbos del huracán,995
allá en el foso espirando!...
Sí, porque de otra manera
eterno será su daño;
y entonces ¡ay, de la esposa!
y entonces ¡ay, del amado!1000

IV

Doquier reina la noche, clarísima y serena;
colúmpiase la luna sobre el etéreo tul;
la brisa entre las hojas suavísima resuena;
ejércitos de estrellas invaden el azul.

Exhalan sus perfumes las flores campesinas;1005
deslízanse las fuentes con blando susurrar;
errando va el silencio por valles y colinas,
del llano a la montaña, del páramo al pinar.

El rayo nacarado de la argentada luna [95]
resbala entre las copas del álamo gentil,1010
refléjase en el terso cristal de la laguna
o quiébrase en las rocas de turbido perfil.

Allá corre, a lo lejos, el Miño solitario;
las vegas orensanas se extienden más allá,
y aquí la parda cúpula del viejo santuario1015

se eleva hasta los cielos, donde a perderse va.

Galicia duerme..., virgen drúidica, embriagada
por los aromas ricos que exhala su vergel,
de rosas y claveles la frente rodeada,
en lecho de peñascos, de mirtos y laurel.1020

Y porque nadie turbe su paz celeste y blanda,
perenne centinela de aspecto aterrador,
el lúgubre y sombrío castillo de Milmanda
petríficas miradas extiende en derredor...

Mas en su vasto recinto1025
todo en silencio reposa
y no resuena en su centro
el más ligero rumor;
que bajo el siniestro influjo
de la noche misteriosa,1030
todo de puertas adentro
es soledad y pavor.

Mudo e imponente, el castillo
domina la inhiesta cumbre;
quien tan torvo le mirara1035
de la luna al reflejar,
muertos sus dueños creyendo
y muerta su servidumbre,
orando al Señor hubiera
sus almas de encomendar.1040

Que no a otra cosa dispone
más que al augurio y misterio
aquel ambiente hosco y serio
de doña Dulce en la unión, [96]
y aquel gemir persistente1045
de ave dolida y nocturna,
revolando taciturna
sobre el viejo torreón...

Pero si bajo sus torres,
y tras sus muros grietados1050
y los cancelos ferrados
y la acequia circular
el silencio tiene un templo
que nadie a profanar viene,
la vida otro templo tiene,1055
tiene el amor un altar.

Allí, en lujoso aposento
que ricos tapices ornan,
cuyas paredes adornan
panoplias con armas cien,1060

sobre riquísimo tálamo
de pulimentado cedro,
sosiega y duerme don Pedro,
duerme y sosiega su bien.

Percíbese allí el aroma¹⁰⁶⁵
que al aire dan esparcidas
flores las más escogidas,
alfombra de esta mansión;
y casto como el suspiro
de un ángel y de una diosa,¹⁰⁷⁰
del esposo y de la esposa
se oye la respiración.

Sueñan los dos; por sus labios,
fuentes de dicha y dulzura,
vaga, encantadora y pura,¹⁰⁷⁵
una sonrisa de amor;
sueñan los dos, y parece
que sus almas, confundidas [97]
como sus labios, unidas
vuelan a un mundo mejor.¹⁰⁸⁰

¿Qué soñarán los amantes?
¿Qué soñarán los esposos?
¡Ah! Si en lazos amorosos
juntos por siempre ya están;
si unos son ya sus destinos,¹⁰⁸⁵
sus esperanzas y empeños,
¿no serán unos sus sueños?
¿distintos sueños serán?

Mas ¿dónde irá la paloma
que celosa y placentera¹⁰⁹⁰
duerme en su nido de pluma,
de su consorte a la par?
¿adónde irá que no vaya
en pos de su compañera,
cruzando cielos de bruma¹⁰⁹⁵
o los desiertos del mar?

¿Y adónde irá el pensamiento
del que en apartada playa
proscrito, escuchó en su lengua
su favorita canción?¹¹⁰⁰
¿adónde irá, devorando
mar y tierra y firmamento:
adónde irá, que no vaya
a su querida nación?

Cuando dos almas errantes1105
se encuentran y se confunden,
en una sola se funden
sus esencias y su ser,
y como dos gotas de agua
de una en la forma perdidas,1110
un espacio siempre unidas
y un destino han de correr. [98]

Y ora rujan tempestades,
o apacible y bella aurora,
luz derramando y colores1115
surja de la noche en pos;
si una canta, la otra canta,
si una llora, la otra llora;
que en placeres o en dolores
una misma son las dos...1120

¿Qué soñarán los esposos?
¿Qué soñarán los amantes
La breve noche primera
del primer beso nupcial?
¿Qué soñarán, que no sueñen,1125
fascinados y anhelantes,
una eterna primavera
y un porvenir celestial?

¿Qué soñará doña Dulce
cuando don Pedro a su lado1130
duerme feliz, embriagado
por su respiro de amor?
¿y qué soñará don Pedro
cuando en su brazo tendida
duerme su prenda querida1135
sin afanes ni temor?

¿Qué soñarán?... ¡Oh! ¡Quién sabe!
Acaso no es ya su sueño
tan hermoso y halagüeño
como prometiera ser...1140
Acaso, cruel adversaria
de su paz y su armonía,
vino una mano sombría
hiel en su sueño a verter.

Quizá, cuando sus espíritus1145
entrelazados corrían [99]
por un mundo donde vían
ángeles de luz no más,
súbito en sombras envueltos

atónitos se abismaron,1150
cuando un acento escucharon
que así les gritaba: «¡Atrás!»

¡Tristes amantes! Soñaban
un existir de ventura
tras su pasada amargura1155
y su ya extinto dolor,
donde las horas pasaban
entre deleites y encanto,
sin que un recuerdo de llanto
viniese a amargar su amor.1160

Soñaban que en otro mundo
de peregrina belleza,
cerrado a toda tristeza,
abierto a todo placer,
en goces inenarrables1165
se deslizaba su vida,
desde el cielo bendecida
por una mártir mujer.

Y allá, entre las nubes róseas
de su horizonte apacible,1170
cual un astro bonancible
de fascinadora luz,
contemplaban delirantes,
con purísima delicia,
la naciente fiel primicia1175
de su amor y juventud.

Y escuchar les parecía
de su hijito el primer lloro,
cual la estrofa en arpa de oro
de grandioso himno triunfal, [100]1180
creyendo aspirar sus labios
las dulzuras de su beso,
como el más santo embeleso
de la vida conyugal...

Pero ¡ay, tristes!, porque han sido1185
para el martirio creados,
y están por Dios condenados
al martirio nada más;
y es inútil que una gloria
sueñen de paz y contento,1190
que siempre oirán ese acento
sonar en su torno: «¡Atrás!»

Ya no duermen los amantes

el sueño de los amores:
mil presagios y temores¹¹⁹⁵
le vienen a interrumpir;
recuerdos no bien sepultos
de nuevo turban su mente,
nuncio trágico e imponente
de un funesto porvenir.¹²⁰⁰

Ya no brilla en sus semblantes
la embriagadora alegría
que en ellos tierna imprimía
sugestiva la ilusión.
Hora pálida su frente¹²⁰⁵
revela angustia infinita,
y allá en su pecho palpita
violento su corazón.

Pero ya la alondra canta,
y entre nubes de oro y rosa¹²¹⁰
muestra su faz ruborosa
la alborada al renacer.
Plegó la noche su manto
de tinieblas y dolores... [101]
matices sólo y colores¹²¹⁵
la luz extiende doquier.
DON PEDRO ¡Por Dios, que hay sueños tan raros
-dijo don Pedro a su amada
al despertarse los dos-,
que creyera, a no miraros¹²²⁰
tan hermosa y animada,
que estabais muriendo vos.

Y a no recordar ahora
que antes de tal pesadilla
sueños de gloria fingí,¹²²⁵
dudara hallar en la aurora
de nuestras bodas, que hoy brilla,
las venturas que creí.
DOÑA DULCE ¿Tal soñasteis?...
DON PEDRO Mas de modo,
doña Dulce, que aún no paso¹²³⁰
a creer que me engañé.
DOÑA DULCE Pues ved que fue sueño todo;
que si vamos a hacer caso
de sueños, también soñé...
DON PEDRO ¿También vos? [102]
DOÑA DULCE Sueños tan raros,¹²³⁵
don Pedro, y en tal manera
maléficos, que, por Dios,
de no veros y tocaros

feliz y amante, creyera
que estabais ya muerto vos.1240

Y a no recordar muy vaga
una ficción seductora,
a este vértigo anterior,
dudara, cual vos ahora,
si alguna tormenta amaga1245
el cielo de nuestro amor.
DON PEDRO Pues tiene su punto serio,
aunque penséis lo contrario,
tan vano desvariar...
DOÑA DULCESi el soñar es un misterio,1250
más vano y más temerario
fuera quererlo explicar.
DON PEDRO Cuanto con el hombre toca,
tanto debe estar sujeto
a su criterio y razón,1255
y no será empresa loca
afrontar de este secreto
la velada solución.

Soñar es fácil; sepamos,
señora, por qué soñamos, [103]1260
cuando nos sonrío el placer,
delirios que, si lo fueran,
no alteraran ni aturdieran
nuestra paz y nuestro ser.

Probemos si esas ficciones1265
son verdades o ilusiones;
que siempre tuve ansiedad
de saber si el que delira
va de verdad a mentira
o de mentira a verdad.1270
DOÑA DULCE Dura empresa acometéis,
don Pedro, pues no podréis
a fuerza de discurrir,
estéril vuestro desvelo,
romper el nublado velo1275
que oculta lo porvenir.

Soñar... ¡quién sabe! Presiento
que es ése el solo momento
de nuestra vida mortal,
en que Dios desciende al hombre1280
para revelarle el nombre
de su destino fatal.

Y acaso esas cien legiones

de fantásticas visiones
son la fiel reproducción¹²⁸⁵
de cosas que ya pasaron,
o de otras que no llegaron
profética anunciación.

DON PEDRO ¡Oh! ¡No, jamás, Dulce mía!

¿Mi sueño una profecía? [104]¹²⁹⁰

¿Perderos por siempre yo?

Loca estáis, o estáis soñando.

DOÑA DULCE; Quizá estoy profetizando,
don Pedro!

DON PEDRO Os digo que no.

DOÑA DULCE ¡Bah!... Si cuando me veía¹²⁹⁵

vuestra ardiente fantasía

morir en sueños a mí,

buscase, por si la hallaba,

la mano que me mataba...

No lo dudarais así.-¹³⁰⁰

Era tan triste el acento
y tal la melancolía
de doña Dulce al hablar,
que hubo un ligero momento
en que don Pedro creía¹³⁰⁵
a su conciencia escuchar.

A estas frases, su semblante
perdió el color sonrosado
que sus mejillas pintó,
y así con voz vacilante¹³¹⁰
y duelo mal disfrazado
el pobre esposo exclamó:
DON PEDRO ¡Oh, doña Dulce querida!
¿Y quién, quién a vuestra vida [105]
puede, cobarde, atentar?¹³¹⁵
Hermosa luz de mis ojos,
¿a quién perfidias y enojos
pudisteis vos inspirar?

¿Qué daño hacéis, mi paloma,
para temer a mi lado¹³²⁰
del gavián el furor?
Único clavel de aroma
que en mi desierto he encontrado,
¿quién os robará a mi amor?

¡Ah, que el mundo fuera poco¹³²⁵
a mi venganza insaciable,
a mi sanguinario afán,
y sobre la tierra, loco,

pasara ciego e implacable,
como pasa un huracán!1330

¿Perderos yo, que os adoro
con aquel amor primero
que vuestra madre olvidó?
¿Yo, que con vos atesoro
cuanto el universo entero1335
mirara envidioso?... ¡No!

¡Nunca, jamás será cierto
ese sueño malhadado!
¡No, mi amada celestial!...
¡Antes, como habéis soñado,1340
me halléis en el lecho muerto
que miren mis ojos tal!
DOÑA DULCE Si eso creéis, no a fe mía
os cansará mi porfía;
pues lo decís, lo sabréis; [106]1345
mas ved que la mente humana
no responde del mañana...
Y vos no le conocéis.

Y pues el tiempo y la edad
han de decir con verdad1350
quién se engaña de los dos,
dejad que el tiempo decida;
yo quedaré prevenida,
quedad descuidado vos.-

Y la esposa y el esposo1355
dieron treguas a sus duelos
para sin penas gozar,
mientras el astro glorioso
se remontaba a los cielos
sus dichas por alumbrar.1360

V

Tiene el amor, entre ciento,
una condición muy buena
cuando en el pecho halla asiento,
y es aquel dulce contento
con que el ánimo enajena.1365

Él podrá hacernos llorar
cuando comienza a nacer;
mas siempre suele acabar
las lágrimas por secar
que nos hiciera verter.1370

Todo en el puro egoísmo,
todo cándido optimismo,
nunca rindió vasallaje [107]
ni prestó pleito homenaje
a otro señor que a sí mismo.1375

Enemigo declarado
de recuerdos y memorias,
olvida el tiempo pasado
como quien vive entregado
en el presente a sus glorias.1380

Yo, que ya le conocí,
puedo decir, sin temor,
pues a él mismo se lo oí,
que donde penetre, allí
no ha de reinar el dolor.1385

Y quien a don Pedro viera
y a doña Dulce mirara,
pronto así lo comprendiera
con que un instante siquiera
sus semblantes reparara.1390

Pues el color de su frente,
la alegría de sus ojos
y su labio sonriente,
son una muestra elocuente
de que han muerto sus enojos.1395

Ya algunos meses pasaron
desde que al pie del Señor
sus destinos se ligaron,
y aun perdida no lloraron
una ilusión en su amor.1400

Ni un vago temor les hiera;
y porque desde su enlace
todo paz y encanto fuere, [108]
es cada día que muere
una esperanza que nace.1405

Tan puro como el armiño,
como esa risa que Dios
puso en el labio del niño,
se ve crecer el cariño
en el alma de los dos.1410

Cuanta ventura y placer

pudieron apetecer
en la más alta demanda,
tanto les viene a ofrecer
la soledad de Milmanda.1415

¡Cuántas noches se les ve,
al borde de la laguna
que hay de su castillo al pie,
hacer protestas de fe
bajo el dosel de la luna!1420

No hay chopo allí ni rosal,
azucena ni clavel
que en sus hojas cada cual
no guarde cifra o señal
de alguna promesa fiel.1425

Si bajo un árbol buscaron
sombra o espacio a su pasión,
tal gratitud le cobraron
que en él sus nombres grabaron
de su silencio en blasón.1430

Y así pasaban sus días
disfrutando los esposos
las más dulces alegrías,
sin dolores ni agonías,
felices y venturosos. [109]1435

Mas como todo amorío
no vive lo que una flor,
y la flor tiene su estío,
un rayo de sol impío
vino a matar este amor.1440

Libro tercero Arrepentimiento

I

Al caer de una tarde de primavera
de Milmanda tendido por la pradera
viose un corcel,
y era tal su carrera precipitada,
que abarcar no podía bien la mirada5

quién iba en él.

Su galope en las rocas repercutía,
imprimiendo en la arena que removía
 huella feroz,
y elevando de polvo tal remolino,¹⁰
que semeja en las alas de un torbellino
 rayo veloz.

Al contacto violento de su herradura
chispas incandescentes la roca dura
 deja en pos de él;¹⁵
y es su tensión tan grande del pecho al anca,
que un abundante chorro de espuma blanca
 baña su piel.

La flecha disparada por la ballesta
al impulso del brazo que alas le presta²⁰
 no corre más; [114]
dilatada la boca, tendido el cuello,
cual las fojas de un cíclope, de su resuello
 se oye el compás.

En su rápida marcha camina ciego,²⁵
su rasgada pupila vertiendo fuego
 centelleador,
gotas de sudor frío, su crin mojada
y su cóncava y fiera nariz hinchada
 rojo vapor.³⁰

La noche de Walpurgis el grifo alado
va del vértigo menos arrebatado,
 menos aún.
Sobre las verdes cumbres movable mancha,
ya semeja una tromba, ya una avalancha³⁵
 que alzó el simún.

Y cada vez más raudo corre y se agita,
y más en su carrera se precipita
 fiero el trotón,
en tanto que a sus ojos desencajados⁴⁰
pasan bosques, llanuras, yermos, poblados
 en procesión.

En vano su jinete con ruda mano
le retiene en la brida, probando en vano
 parar su pie;⁴⁵
que el indómito bruto, fiero, vehemente,
en su afán incesante ni nada siente
 ni nada ve.

El árbol a su paso se inclina grave,
los vientos se separan y húyele el ave,50
que un grito da,
y cuanto tras él queda o enfrente tiene
parece preguntarse: ¿De dónde viene?
y ¿adónde va?... [115]

Iba ya en su carrera desatinada55
de un precipicio horrible por la pendiente
loco a rodar,
cuando el corcel, cayendo desalentado,
muerto quedó, su boca de sangre hirviente
vertiendo un mar.60

Y al espantoso choque que produjera,
el que firme en la silla se sostuviera
de ella saltó,
y exánime en la arena rodara inerte,
sin un pródigo amparo que allí la suerte65
le deparó.

.....
.....

La tarde en el ocaso turbia se hundía;
las sombras avanzaban, la luz moría.
sonó un cantar...

¡Ay!... ¡Era Magdalena que caminaba70
por una oculta senda que al bosque daba,
con doña Dulce en brazos a su aduar!

(Choza en un bosque; sobre un haz de paja duerme un niño. En primer término DOÑA DULCE, desmayada. A un lado, MAGDALENA. La escena aparece iluminada por la luna.)

DOÑA DULCE ¡Oh, Dios mío!... ¿Dónde estoy?
¿Quién sois, mujer bienhechora?

MAGDALENA Estáis en mi aduar, señora;75
mas no os importe quién soy. [116]

DOÑA DULCE Os debo la vida: quiero
vuestro nombre conocer.

MAGDALENA Ocultarlo es mi deber;
vuestra salud es primero.80

¡Oh! Vuestro estado me inquieta.

¿Estáis mejor?

DOÑA DULCE Gloria a Dios
y a tanto cuidado en vos,
ya mi salud es completa.

MAGDALENA No me deis gracias; la suerte85
fue quien os favoreció.

¿Qué otra cosa daré yo

que no envuelva luto y muerte?...
Pobre gitana, arrastrando
un infierno en esta vida,⁹⁰
siempre en el mundo perdida,
siempre gimiendo y llorando;
alma sin consolación,
que en esta criatura tierna
lleva el sello de su eterna⁹⁵
y horrible reprobación;
¿dónde su mano pondrá
que allí la muerte no esté?
¿qué yerba hollará su pie
que abrasada no será? [117]¹⁰⁰
DOÑA DULCE ¡Pobre mujer! ¿Sois viuda?
MAGDALENA Señora... no fui casada.
DOÑA DULCE ¡Ah! Luego fuisteis amada
y os olvidaron...
MAGDALENA Sin duda.
DOÑA DULCE Maldígale Dios, amén,¹⁰⁵
al que tan vil os burló.
MAGDALENA Y a quien su amor me robó
maldígale Dios también.
DOÑA DULCE Otra gitana quizás...
MAGDALENA No, fue una noble doncella.¹¹⁰
DOÑA DULCE Rica, comprendo... [118]
MAGDALENA Y muy bella.
DOÑA DULCE ¿La conocisteis?
MAGDALENA Jamás.
Por eso sólo me afano,
abrigando la esperanza
de encontrar a mi venganza¹¹⁵
término breve y cercano.
DOÑA DULCE ¡Demonio debe de ser
la que os robó vuestro amor!
MAGDALENA Pues un ángel del Señor
le llaman a esa mujer.¹²⁰
DOÑA DULCE Pensáis vengaros...
MAGDALENA ¡Oh, sí!...
No en cuenta Dios me lo tenga.
¡Me vengaré... cual se venga
la raza de que nací! [119]
DOÑA DULCE En tan cobardes delitos¹²⁵
más la venganza desdora.
MAGDALENA Es que este niño, señora,
me pide venganza a gritos.
DOÑA DULCE ¿Y no os sería mejor,
pues que con él os convidó,¹³⁰
dar esa afrenta al olvido,
que humillará al burlador?
MAGDALENA ¡No puedo!... ¿Cómo olvidar,

como, percance tan duro?
 DOÑA DULCE Con mi cariño que es puro 135
 y nunca os ha de faltar.
 Yo puedo ofreceros calma
 en una vida tranquila,
 el dolor que os aniquila
 desterrado de vuestra alma. 140
 Y puedo, pues generoso
 es con cuanto yo le exijo,
 encomendar vuestro hijo
 al amparo de mi esposo.
 Así, poco a poco, iréis 145
 la dulce paz recobrando,
 y así quizá, tiempo andando,
 dichosa y feliz seréis. [120]
 MAGDALENA Prémieos Dios tantos desvelos;
 mas, ¡ay de mí!, vanos son 150
 para el triste corazón
 que matan odios y celos.
 Ni vos podréis dar placer
 a mi constante penar,
 ni yo os podré nunca amar..., 155
 sólo porque sois mujer.
 DOÑA DULCE Todo en el tiempo se olvida,
 triste gitana, y ¿quién sabe
 si hallará puerto la nave,
 hoy de los vientos batida? 160
 Siempre de almas nobles fue
 la esperanza y el perdón.
 MAGDALENA Eso fue mi perdición...
 ya no más perdonaré.
 Mas vos, ¿quién sois, que tan blanda 165
 y compasiva me habláis?
 DOÑA DULCE Vuestra amiga...
 MAGDALENA ¿Y os nombráis?
 DOÑA DULCE La señora de Milmanda. [121]
 MAGDALENA ¡Ah!... ¿Doña Dulce?...
 DOÑA DULCE Sí; pero
 ¿por qué os inmuta mi nombre? 170
 MAGDALENA ¡Doña Dulce!..., no os asombre...
 Es... lo mucho que os venero...
 ¡Cuán bella sois y agraciada!
 ¡Oh! ¿Quién no os ha de admirar?
 ¡Satisfecho debe estar 175
 don Pedro Fuentencalada!
 ¿Os ama mucho?...
 DOÑA DULCE Sí, a fe.
 Su amor jamás me faltó;
 pero también le amo yo.
 MAGDALENA Lo sé, doña Dulce, y sé 180

que sois muy felices...
DOÑA DULCE Tanto
que, desde que ante el altar
nos unimos, ni un pesar
vino a turbar nuestro encanto. [122]
MAGDALENA También así yo decía185
cuando en mi amor confiaba,
y era que no reparaba
en el tiempo que vendría.
DOÑA DULCE Aciagos vuestros amores
fueron, gitana, en mal hora.190
MAGDALENA Consuelo tengo, señora,
en que hay desgracias mayores.
Pues si vivir suspirando
es un horrible vivir,
¡peor mil veces es morir195
con ilusiones y amando!
DOÑA DULCE Miedo me da oíros tal.
¡Oh, si eso me aconteciera!...
MAGDALENA Nadie en el mundo está fuera
de este accidente fatal.200
¿Teméis vos, enamorada,
acaso morir, señora?
DOÑA DULCE Sí, porque si muero ahora
he de morir condenada. [123]
¡Lejos de mi esposo yo,205
dejando a mi esposo aquí,
cuando si vida hay en mí
es la que su amor me dio!
¡Oh! No, mi alma no pudiera
ver la presencia de Dios210
sin verla a un tiempo las dos
que en este mundo Él uniera.
MAGDALENA Pues tanto don Pedro os ama
y tanto a la vez le amáis,
y la llama en que os quemáis215
es la que su pecho inflama,
¿cómo es que sin él salisteis
tan sola a pasearos hoy?
Porque os juro por quien soy
que en grave riesgo os pusisteis.220
DOÑA DULCE Sola pasear le rogué
y él en ello consintió;
que también consiento yo
cuanto de su agrado fue.
MAGDALENA ¡Señora, y no precaver,225
antes de tal osadía,
el peligro que corría
vuestro honor y vuestro ser!
Costaros pudo muy cara

tan loca temeridad.230
DOÑA DULCEY tan cara, a la verdad,
si en vos amparo no hallara. [124]
Mas es de noche y mi esposo
debe intranquilo esperarme.
¿Queréis, gitana, guiarme235
del bosque al confín umbroso?
De allí, pues la senda sé,
tomaré la del castillo.
MAGDALENAHasta llegar al rastrillo
si os place, con vos iré.240
DOÑA DULCE Yo no sé cómo pagar
en vos tal solicitud;
que es poca mi gratitud
para que os podáis cobrar.
Mas si un día a ese dolor245
un consuelo apetecéis,
y despreciar no queréis
mi amistad y mi favor,
id a Milmanda, que allí
vuestra nobleza me obliga250
a que tengáis una amiga
tierna y cariñosa, en mí.
MAGDALENA ¡Oh! ¡Gracias, gentil señora!
No será tarde quizá
cuando a veros vaya allá255
la que en este bosque mora.
Mientras no llega ese día,
de mis días el mejor,
prended al pecho esa flor,
señora, en memoria mía.260
Que esa flor, única herencia [125]
de mi madre al fenecer,
sabe eternos mantener
frescura, color y esencia.
Llevala siempre en el pecho,265
pues tan bello os le hizo Dios;
que, como esa flor, no hay dos
del mundo en el largo trecho.-

No más habló la gitana,
y a doña Dulce entregó270
una flor que ésta tomó
agradecida y ufana.
¡Y la cándida doncella
llevó la flor a su seno,
sin conocer el veneno275
que habrá de aspirar en ella!
Pocos momentos después
la choza estaba desierta,

y de su rústica puerta
de musgo y paja al través,280
de un rayo de luna al brillo
durmiendo un niño se hallaba,
mientras su madre guiaba
a doña Dulce al castillo.

Cuando de vuelta llegó285
a su aduar la gitana,
una carcajada insana
por el bosque resonó.
-¡Ya me vengué! -prorrumpió.-
¡Lavada mi afrenta está!-290
Y dando un beso al que allá
reposa tranquilo e inerme:
-¡duerme, mi lobezno, duerme,
que el lobo no dormirá! [126]

II

Pasados fueron en afán creciente295
de las escenas últimas tres días,
y era una melancólica mañana
escasa en luz, si de presagios rica.
Trepaban por el ancho firmamento
en montones sin fin nubes cetrinas,300
que del viento en las alas cabalgando,
por todo el horizonte se extendían.
Heraldo de la horrísona tormenta
el relámpago a intervalos lucía,
tras sí dejando en el espacio, vaga,305
rápida y luminosa culebrina.
El huracán bramaba, detonando
en las inmóviles ásperas colinas,
y a su violento empuje, desgajadas
las ramas de los árboles crujían.310
Del monte al valle va rodando el trueno;
la tempestad se acerca y se aproxima,
en tanto las campanas de Milmanda
doblan con el clamor de la agonía.

Castillo de Milmanda malhadado,315
castillo que no ha mucho sonreías,
ufano de guardar en tus murallas
dos almas que se amaban con delicia.
Morada en quien tu fundador vertiera
a torrentes la sangre de sus víctimas,320
pensando así de su conciencia impura

lavar las manchas y alargar su vida...
¿Por qué, castillo de funesta historia,
recuerdas hoy tus desgraciados días?
¿Por qué, castillo sin ventura, vuelves [127]325
a colgar con crespones tus cornisas?
¿Qué pasa dentro de tus negros muros,
mansión de pena y de dolor precita,
que hasta parece que tus piedras lloran
por pesadumbre inmensa conmovidas?330
¿Qué quiere el pueblo, que a tu puerta acude?
¿Qué quiere el pueblo, que en redor se apiña
de tus cancelas y de duelo lleno
con tristes ojos te contempla y mira?
¿Qué tiene el agua de tu limpio foso,335
que ya no alegre por su cauce gira?
¿Qué tiene el agua, cuando, apenas nace,
gimiendo muere su argentada linfa?
¿Qué vienen a buscar a tus almenas
las aves torvas de la noche fría?340
¿Por qué perdieron ya, en tus ajimeces,
su frescura alelís y clavelinas?

¡Ah! Pero en vano al silencio
rindes solemne tributo:
todos comprenden tu luto345
y conocen tu pesar.
Muerta ya quien te alegrara
cuando era tu moradora,
nadie podrá desde ahora
tu ruina y muerte evitar.350

Breve fue, triste castillo,
breve, tu gloria y encanto.
¡Templo de crimen y llanto,
en ti no cupo el amor!
Mas no te quejes... La virgen,355
que hoy muerta en tu centro embargas,
nacida a pruebas amargas
no alcanzó suerte mejor.

Paloma sin voz ni arrullo,
flor del tallo desprendida, [128]360
ángel de nieve sin vida,
astro sin órbita y luz,
en fúnebre catafalco
que adorna gasa funesta,
yace doña Dulce, enhiesta365
ante su tumba una cruz.

Sus ojos entrecerrados

miran aún tristemente,
cual de una llama vehemente
el postrimero fulgor;370
y en ellos, ya congelada,
turbia una lágrima brilla,
de su muerte desastrada
poema desgarrador.

Pálidos cirios alumbran375
la estancia lúgubre y sola,
ciñendo ígnea aureola
de aquel cadáver la sien,
cual la corona de fuego
que el triste mártir alcanza,380
cuando con fe y esperanza
sufrió tormento y desdén.

Borda sus cárdenos labios
una sonrisa de duelo,
huella que al volar al cielo385
el alma dejara en pos,
como una queja amorosa
que lleva, en afán profundo,
de algo que deja en el mundo
la virgen que está con Dios...390

Mas del cadáver en torno
nadie una lágrima vierte:
todo es silencio de muerte
en aquel triste lugar; [129]
sólo allá, en una apartada395
habitación del castillo,
se oye una voz ahogada
maldecir y blasfemar...

Es don Pedro, el triste esposo;
es don Pedro, el acuitado,400
que en su cámara encerrado
quiere a doña Dulce ver...
Y en vano allí le disuaden
afanosos sus amigos:
¡quiere hablarla sin testigos405
y muerto ante ella caer!

Quiere verla y no le dejan...
y ruega y suplica y llora,
y su voz desgarradora
no halla eco a su pesar.410
¿Y qué ha de hacer el doliente?
¿Qué ha de hacer, en su agonía,

sino, gimiendo a porfía,
maldecir y blasfemar?

Amante ayer olvidado⁴¹⁵
cuando, noble y caballero,
ofreció su amor primero
a doña Elvira y su fe;
y leal a su cariño
y a sus promesas constante,⁴²⁰
pobre peregrino errante
quince años llorando fue.

Esposo luego querido,
cual ninguno idolatrado,
mas de pronto separado⁴²⁵
para siempre de su amor...
Dos veces ya en el sepulcro
desvanecida su suerte, [130]
¿qué extraño busque en la muerte
un término a su dolor?⁴³⁰

Don Pedro; infeliz don Pedro,
caballero sin ventura,
pues eterna tu amargura
desde hoy por siempre será,
busca en Dios, nunca en la tierra,⁴³⁵
consuelo a tu malandanza:
¡Dios es la suma esperanza
y Dios te consolará!...

En tanto que así don Pedro
su desastre lamentaba,⁴⁴⁰
Magdalena penetraba
en la fúnebre mansión;
y parada ante el cadáver
con infernal regocijo,
contemplaba con su hijo⁴⁴⁵
aquel cuadro de aflicción.

-¡Doña Dulce! -exclamó entonces
con voz de rabia infinita-;
vengo a hacerte la visita
que antes de ayer te ofrecí...⁴⁵⁰
si a recibirme te aprestas
con mortaja y con blandones,
¡también envuelta en crespones
llorando te recibí!...

Beldad ayer tan alegre⁴⁵⁵
y hoy tan triste y solitaria,

si en tu muerte una plegaria
no tiene mi corazón,
en cambio, de mi infortunio
para eterno desagravio,460
sobre tu tumba mi labio
dejará una maldición. [131]

Sí; pues fuiste en esta vida
la causa de mis dolores;
pues en mis dulces amores465
vertiste lluvia de hiel,
y al hijo de mis entrañas
el bien paternal robaste,
y mi cariño tornaste
en odio acerbo y cruel;470

ya que loca y arrastrada
cruce el desierto del mundo;
ya que en mi duelo profundo
llanto de sangre vertí,
pues de tu madre heredaste475
amor que en mi mal se emplea,
¡maldita tu madre sea
y toda tu raza en ti!...

¡Ojalá que no haya tierra
donde tu cuerpo se espacie,480
y en tus despojos se sacie
hambriento y feroz chacal!
¡Ojalá que nadie guarde
tu memoria aborrecida,
y encuentres en la otra vida485
un infierno perennal!-

Dijo; y don Pedro, iracundo,
precipitose en la estancia
y hasta Magdalena, ciego,
puñal en mano corrió.490
Luchó..., vertió sangre, y cuando
cesó su furor prolijo,
vio muerto a sus pies su hijo;
pero Magdalena huyó...

Entonces, en aquel trance495
terrible, sobrecogido [132]
don Pedro, lanzó un gemido
del fondo del corazón;
y cayendo de rodillas
ante la cruz, allí alzada,500
-¡Perdón! -con voz ahogada

gritó-. ¡Dios mío! ¡Perdón!

Cuando sus ojos don Pedro
alzó tras tantos horrores,
vio a sus once servidores⁵⁰⁵
pálidos en torno de él.
-¡Hermanos! -dijo, y su acento
de inmensa melancolía,
con santa quietud lo oía
su gente indómita y fiel...-⁵¹⁰

¡Hermanos! Si al crimen puede
ceder, obcecada, el alma
que sin consuelo ni calma
perdido su amor lloró,
no, empero, de un Dios que es justo⁵¹⁵
habrá de alcanzar la ira
si apesurada suspira
y arrepentida lloró.

Doña Elvira y doña Dulce
me abandonaron. ¡La vida⁵²⁰
para mí desde este instante
no es la misma en que viví!
Sacrificado ese niño
por mi mano parricida,
sólo Dios pudiera, amante,⁵²⁵
tener compasión de mí.

Así, pues, cuando la noche
su manto de luto extiende, [133]
mi vida a Dios en ofrenda
iré a León a llevar.⁵³⁰
Si hay de vosotros alguno
a quien le plazca mi voto,
juro contrito y devoto
por Santiago pelear.

-¡Lo juramos!...

-Pues es justa⁵³⁵
expiación, reclamada
por nuestra vida pasada,
sacrílega y criminal,
llevad esa insignia... -Y roja,
en sus capas, para afrenta,⁵⁴⁰
imprimió una cruz sangrienta
con el húmedo puñal(3).

Llegó la noche: don Pedro
besó los fríos despojos

del fruto de sus amores⁵⁴⁵
con la gitana fatal;
imprimió un ósculo tierno
de doña Dulce en los ojos,
y abandonó para siempre
aquella estancia mortal.⁵⁵⁰

III

Cuando tras de la colina
que hasta los cielos se encumbra
el sol su frente reclina,
y opaca luz mortecina.
Con brillo trémulo alumbra; [134]⁵⁵⁵

cuando, poco a poco, aumentan
las sombras, que re representan
cien panoramas de horror,
y los jardines se ostentan
pálidos y sin color;⁵⁶⁰

en esa hora misteriosa
en que ya el mundo reposa
de su eterna saturnal,
entre la magia amorosa
de una quietud sepulcral,⁵⁶⁵

silenciosos y abatidos,
cada cual en su trotón,
los que antes fueran bandidos,
penitentes doloridos
camino van de León.⁵⁷⁰

¡Van a Castilla, a lavar
sus conciencias y a llorar
de sus crímenes en pago!
¡Van a su patria, a fundar
la religión de Santiago!⁵⁷⁵

Allí, cuando en la presencia
del rey, tras de larga ausencia,
don Pedro abjure del mundo,
¡tal vez hallará clemencia
en don Fernando el Segundo!⁵⁸⁰

Y él y su gente obtendrán
de sus crímenes perdón,
y él y su gente serán
espanto del musulmán
y de Galicia blasón.⁵⁸⁵

Que ellos, la regla adoptando
fácil de San Agustín, [135]
a Dios sus preseas dando,
irán de España arrojando
el torpe imperio musulín.590

Luego serán consagrados
caballeros; y admirados
de sus invictas acciones,
reyes, les darán Estados;
pontífices, bendiciones.595

.....
.....

Camino va de León
don Pedro Fuentencalada
con su temible legión.
¡Plegue a Dios que halle perdón
su mala vida pasada!600

Teatro de tantas maldades,
tras ellos quédase horrenda
Milmanda en sus soledades,
para contar su leyenda
a las futuras edades...605

De su castillo ruinoso
entre el escombros y la piedra,
donde el lagarto verdoso
tiene su nido frondoso
de ortigas, musgos y yedra,610

al triste compás del viento
que por las grietas corría
de aquel viejo monumento,
contome un buitre este cuento
en una noche sombría. [136]615

De Magdalena no habló
ni me dijo de qué muerte
la pobre egipcia murió;
conque, lector, ¡buena suerte!,
porque mi cuento acabó.620

FIN

NOTA

La leyenda que hoy reimprimo ha sido escrita hace muchos años, cuando

yo no contaba más que diez y ocho. Sus versos figuran entre los primeros que escribí en castellano.

Estudiando lejos de la patria el origen de las órdenes militares, concebí la idea de escribir una serie de poemas que, dado el carácter dramático de aquellas fundaciones, pudiera resultar de grata y entretenida lectura. Comencé la realización de este proyecto escribiendo de un tirón, después de recoger en la Historia los materiales apenas indispensables para fijar la época y el nombre del protagonista, el primer poema de la serie. La revolución de septiembre cambió bien pronto el rumbo de mis ideas. Las Órdenes militares estaban heridas de muerte; luchaban con el espíritu moderno, y el poeta ya no tenía la misión ni estaba en el deber de cantar el pasado. Convencido, pues, de la esterilidad de mi trabajo, renuncié a aquel propósito, pero renuncié tarde, cuando ya había concluido *EL MAESTRE DE SANTIAGO*, que durmió cuatro años entre mis papeles y que no hubiera publicado nunca de no pedirme original un periódico de provincias, y que hoy no reimprimiría de no exigírmelo el proceso evolutivo de mi humilde historia literaria. [138]

Escribir una leyenda y no dejarse influir por Zorrilla, es imposible: él y sólo él tiene las llaves de los «tiempos viejos», el secreto de la evocación, la vara de los conjuros. Desde Larrañaga hasta Núñez de Arce y Manuel del Palacio, todos coinciden con el mágico autor de Margarita la Tornera, mal que pese a la tendencia monométrica con que el autor de *El Vértigo* y de *Hernán el Lobo* trata de disfrazar su marcado proselitismo. Todos los caminos de la leyenda están tomados por el coloso; todas las maneras de cantar el asado, ensayadas poderosamente por ese Proteo de la rima, que ha elastizado como nadie, dislocándola a veces, pero haciéndola saltar siempre luminosa y triunfante, como una fiera domada, la rica lengua española.

Yo sigo sus huellas en *EL MAESTRE DE SANTIAGO*, y las sigo a sabiendas, porque creía al escribirla, y sigo creyendo ahora, que el género que tanta gloria ha dado al insigne Zorrilla, y que él hizo tan nacional, lejos de estar llamado a desaparecer como piensan algunos espíritus poco atentos, ha de tener un segundo florecimiento, que acaso se inicia ya, y que, por raro privilegio, parece destinado a presidir en su venerable ancianidad el fecundo maestro de tres generaciones de poetas.

Hecha esta declaración y la de que en mi obra existen anacronismos que ya hice notar en otra parte, uno de los cuales es la descripción del Santuario del Cristal, de fundación muy posterior a la época de que trato, anacronismos que no he querido subsanar porque no afectan al drama y por conservar en mi trabajo toda la espontaneidad y frescura de las primeras inspiraciones, doy por terminada esta nota.

Súmese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#) www.biblioteca.org.ar

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#). www.biblioteca.org.ar/comentario

